869.6
P415m

No. 85

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

629

Esperanza Palomero

MANGACHA

Drama en tres actos original del

Dr. VICTOR PEREZ PETIT

Crystal Palace

Corrientes 1550 U. T. 6533 Lib.

El Cine de los grandes estrenos

Insuperable salón para familias y el que reune las exigencias de comodidad y confort

Siendo nuestro sistema no escatimar esfuerzos á objeto de proporcionar a nuestro distinguido público las comodidades más exigentes, hacemos saber que para la estación actual tenemos instalado un modernísimo sistema de ventilación, el que nos permite renovar completamente el aire de la sala, contando para ello con la instalación de 28 ventiladores que funcionan constantemente.

Estrenos todos los días de las más selectas películas y de todas las marcas, como ser: Fot Film, Goldwyn, Vitagraph "Corón Azul", Fot Standard, Vitagraph Super de Lux y el insuperable programa de la casa Lepage de Max Glücksmann.

Orquesta clásica bajo la dirección del maestro Ausonio Pisani.

NOTA: — Los domingos en los matinées, a las 3 y 15, especial programa para el mundo infantil con reparto de juguetes.

Teatro Argentino

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN OAK STREET LIBRARY FACILITY

Bartolomé Mitre 1444

6 CARNAVAL de 1920 6

Grandes Bailes de Màscaras

Fantasia y Particular EN LOS DIAS

14, 15 16, 17, 21 y 22

Gran orquesta típica

donde tomarán parte los cuatro mejores Bandoneones, dirigida por el popular autor del tango MI NOCHE TRISTE

Samuel Castriota

Entrada para caballeros $ 1

Señoras: Gratis

Año III — Febrero 12 de 1920 — Núm. 85

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL -- Aparece los Jueves

Dirección y Administración: MONTEVIDEO 421 — U.T. 2564 LIBERTAD
Fotógrafo: R. COLISTRO
Administrador: JOSÉ COLETTI

TRILOGÍA MODERNA

2a. Parte

MANGACHA

Drama en 3 actos original del Doctor

VICTOR PEREZ PETIT

Estrenada en el Teatro «18 de Julio» de Montevideo, el 24 de Abril de 1914 por la Compañía Arellano

PERSONAJES

Mangacha	20 años	Angela Tesada
Encarnación	52 »	Herminia Mancini
Doña Maria	40 »	Rosa Catá
Estela	23 »	Ester Da Silva
Maria Elena	21 »	Julia Parra
Leonor	19 »	Isabel Linder
Dionisia	22 »	Juanita Joly
Sara	21 »	Gloria Ferrandiz
Inès	58 »	Carolina Ramirez
Luis Lacaze	47 años	Enrique Arellano
Casabal	53 »	Panchito Arenaz
Carlos Sandoval	27 »	José Casamayor
Moreno	70 »	Manuel Ortega
El Padre Luis	40 »	Domingo Sapelli
Lucia	18 »	Elvira Gonzàlez

NOTA:—Luis Lacaze, durante el 2o. y 3er. actos, no muy frecuentemente pero sí de modo bien ostensible, exteriorizará, restregándose un poco el brazo izquierdo, los primeros síntomas del mal que le abate al final de la obra.

ACTO PRIMERO

La misma decoración, para los tres actos, de la obra LA LEY DEL HOMBRE. Sin embargo, nótase ahora en todo el ambiente y hasta en los más mínimos detalles la mano de una mujer joven y de buen gusto. Las paredes han sido empapeladas en tonos claros; los cortinajes son modernos y armonizan con los muebles dorados, estilo Luis XVI. Hermosa alfombra y vistoso aparato eléctrico. El escritorio ha sido substituído por un piano. Por todos lados, sobre la consola, en las etagéres, etc., ramos de flores desbordando de los búcaros y jarrones. Hay en el conjunto como un triunfo de la alegría y la juventud. El reloj con la estatua de San Jorge está sobre la consola.

ESCENA I

MANGACHA, ESTELA, LEONOR, MARIA ELENA, DIONISIA.

(Al alzarse el telón, Estela canta las últimas notas de la canzoneta napolitana "Marí-Marí", acompañada al piano por Mangacha, y las demás la aplauden alborozadas, con mucho gracejo y alegría).

LEONOR.—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

DIONISIA.—Has cantado como un angel, querida.

M. ELENA.—Ni la Barrientos, hermanita, te mata el punto.

ESTELA.—Ríanse, búrlense ustedes, para eso he cantado justamente.

LEONOR.—No, si lo has hecho muy bien.

DIONISIA.—No puede pedirse mejor.

M. ELENA.—Es lo que yo digo, ni la Barrientos.

MANGACHA.—Usted, señorita burlona, en vez de pifiar a su hermana, debía cantar alguna cosa.

TODAS.—(En coro, riendo y saltando en torno de la amiga). ¡Eso es! ¡Que cante, que cante! ¡El aria de "Tosca"! ¡Que cante el aria de "Tosca"!

M. ELENA.—Pero, criaturas, ¿ustedes quieren morirse? ¿Ustedes no conocen mis agudos?

ESTELA.—Los tiene más afilados que los codos.

MANGACHA.—¡¡Jesús, qué atrocidad!

M. ELENA.—Estela está en lo cierto. Si yo empiezo a cantar no queda una de ustedes con vida.

TODAS.—¡No importa, no importa! ¡Que cante! ¡Queremos morirnos!

M. ELENA.—No, Mangacha, no es posible; en el día de tu cumpleaños no puede cometerse ese crimen.

MANGACHA.—Pues por ser mi cumpleaños precisamente tienes que hacerme el gusto, picarona.

LEONOR.—Si el que se lo pidiera fuera el estudiante de medicina que sabemos, no se haría de rogar tanto.

M. ELENA.—¿Qué estudiante?

LEONOR.—¡Ajó, la nenita! ¿No sabes a quien me refiero?

MANGACHA.—Es que a María Elena le gusta que le regalen el oído.

M. ELENA.—Te juro, Mangacha, que no sé lo que quieren ustedes decir con esas bromas.

MANGACHA.—No jures en vano, que es pecado. Si ya nos han dicho que no se puede ir a tu casa sin tropezar con un morenito muy buen mozo.

ESTELA.—A tal punto que ya el vecindario no sabe a ciencia cierta cual es el guardia civil de facción en la esquina, si el morenito vestido de gris o el negro jetudo vestido de uniforme.

LEONOR.—Ya ves, hasta Estela confiesa el amorío.

M. ELENA.—Sí, buena pieza es mi hermanita mayor. Como ella gasta los novios por partida doble...

MANGACHA.—¡Qué atrocidad! ¡De a pares!

LEONOR.—¡Jesucristo! ¿Y cómo es eso?

ESTELA.—¡Hágaule ustedes caso a María Elena!

M. ELENA.—El rubio que conoció en el baile de Pettersens, uno, y el primo de las de Soriano, dos.

LEONOR.—Ay, querida, cédeme uno de los dos a mi, que no tengo ninguno.

MANGACHA.—Entretanto, no me hacen ustedes el gusto, y eso que es el día de mi cumpleaños.

M. ELENA.—Pues para que no tengan nada que decir, les voy a tocar un tango; pero con la condición de que lo bailen. (Va a sentarse al piano).

TODAS.—(Palmoteando y riendo). ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Un tango! ¡Vamos a bailar un tango!

DIONISIA.—"El Apache Argentino".

LEONOR.—No, "Una noche de garufa".

M. ELENA.—Yo tocaré el que sepa y ustedes se callan la boca. ¡No faltaba más! (Empieza a ejecutar el tango "El Irresistible".)

MANGACHA.—(Preparándose para bailar con Estela). Tu conmigo, Estela.

DIONISIA.—(Idem con Leonor). ¡"El Irresistible"!

LEONOR.—¡Viva "El Irresistible"!

ESTELA.—Para "Irresistible" el estudiante de medicina cuando aparece vestido color kakí con corbatita verde. **(Bailan las dos parejas un tango, y mientras lo hacen, cambian de vez en cuando los siguientes parlamentos).**

MANGACHA.—Ahora tendría que aparecer tía Encarnación.

ESTELA.—¡Dios nos libre y guarde!

LEONOR.—Nos tira a todas por la escalera.

(Pausa; continúan bailando).

DIONISIA.—¡Cuidado con las perdices, muchachas!

LEONOR.—¡Ja, ja, ja! Yo no sé; no puedo seguirte...

DIONISIA.—Sigue, tonta, vas bien.

LEONOR.—**(Pretendiendo dejar de bailar).** No, es inútil; no sé bailar.

DIONISIA.—**(Obligándola a seguir).** Pero si bailas bien, criatura...

LEONOR.—Te digo que no sé.

DIONISIA.—Así aprendes, es muy fácil.

(Pausa; prosiguen bailando).

M. ELENA.—**(Sin dejar de tocar el piano).** ¿Les gusta el tanguito?

MANGACHA.—¡Admirable! Y tú lo ejecutas muy bien.

M. ELENA.—Nada de eso. Es que éste tiene mucho compás.

ESTELA.—¿Vamos a bailarlo con corte?

MANGACHA.—¡Qué horror! ¿Tú sabes bailarlo de ese modo?

ESTELA.—Se lo he visto bailar a mi hermano Roberto. Mira, es así.

MANGACHA.—No, no me gusta. Bailemos como antes.

(Pausa, siguen bailando).

LEONOR.—Miren quien viene aquí. **(Dejan todas de bailar para saludar a las recién llegadas).**

ESCENA II

DICHOS, SARA, Doña MARIA; luego, CASABAL.

SARA.—**(Entrando en vilo).** ¡Un cuarto de hora! ¡Sólo un cuarto de hora! **(Saludando y besando a sus amigas).** ¿Cómo estás, Leonor? ¿Cómo estás Estela? Que los cumplas muy felices, Mangacha. ¡Ay, qué rica estás! ¿Estaban bailando?

MANGACHA.—Pasábamos el rato.

SARA.—Pan con pan, comida de bobos. El baile es lindo con un buen mozo como Mauricio. Pues, sí, querida; un cuarto de hora desde la quinta aquí.

Doña MARIA.—**(Entrando).** Hemos roto una goma y aplastado a un perro. Buenas tardes, preciosura....

MANGACHA.—Pero, sientense. Vienen sofocadas.

SARA.—El chauffeur es Casabal. Quedó abajo revisando los desperfectos. Ahora sube.

Doña MARIA.—¡Qué atrocidad de hombre!

MANGACHA.—Ustedes cualquier día llegan a casa como le enseñan a una la anatomía en el colegio: el cuerpo humano se divide en tres partes, cabeza, tronco y estremidades...

Doña MARIA.—¿Y el señor Lacaze? ¿Y Encarnación?

MANGACHA.—Todos buenos. Tía ha salido, pero no tardará en volver.

LEONOR.—**(Aparte a María Elena).** ¡Qué lástima!

M. ELENA.—Así que vuelva, yo me hago humo.

LEONOR.—Y yo.

MANGACHA.—Oigo pasos. Debe ser tía Encarnación. **(Aparece Casabal en la puerta).**

CASABAL.—Aquí estoy yo. **(Risa general. Casabal, desde la entrada, observa la alegría que provoca su presencia, y dice con mucha flema:)** ¿Cómo es eso? ¿Mi aparición produce tal efecto de hilaridad? Estoy encantado, encantado. **(Desciende y saluda a las niñas).**

ESTELA.—Es que Mangacha nos había anunciado a Encarnación, y en vez apareció usted.

CASABAL.—¡Ah, bueno! Entonces confiesen que han ganado ustedes en el cambio. **(Dirigiéndose a Mangacha, a la cual besa cariñosamente en la frente y ofrece luego un estuche con una alhaja).** Felices, mi ahijadita. Aquí tienes lo que me he encontrado por el camino.

DIONISIA, LEONOR, ESTELA y SARA.—(**Al mismo tiempo, rodeando a Mangacha, que desenvuelve el paquetito:**) A ver, a ver. ¿Qué será?

M. ELENA.—(**A Casabal**). No hay que decir... el automóvil, ¿destrozado?

CASABAL.—¡Se quiere usted callar! En este país ya no hay emociones: ni un choque, ni una catástrofe...

DIONISIA, LEONOR, ESTELA y SARA.—(**Contemplando el anillo de brillantes, obsequio de Casabal, que Mangacha se coloca en el dedo:**) ¡Ay, qué divino! ¡Qué preciosidad!

MANGACHA.—¡Qué bueno es mi padrinito querido! (**a la amigas**) ¿Les parece a ustedes que le dé otro beso?

ESTELA.—Yo le daría tres o cuatro,

LEONOR.—Y yo.

DIONISIA.—Y yo.

CASABAL.—(**Colocándose en medio de ellas.**) Pueden ustedes empezar cuando gusten.

Doña MARIA.—Quítate de ahí, vejete.

SARA.—Pero, tío, ¿cuando sentará el juicio?

SACABAL.—Nunca, sobrina, nunca. Cuando me veas serio a mí, vas a tener que vestirte de luto.

MANGACHA.—No diga usted esas cosas feas y déme otro abrazo... Así... Y ahora, ¿con qué le correspondo? ¿Una taza de té?

CASABAL.—Con leche y bizcochos... pero muchos bizcochos.

MANGACHA.—Voy a hacerlos servir. (**sale.**)

ESCENA III

DICHOS, menos, MANGACHA

CASABAL.—(**Aproximándose a María Elena, Estela, Leonor y Dionisia que hablan y ríen aparte, junto al piano**). ¿Qué hace toda esta juventud encantadora?

M. ELENA.—Estamos poniéndonos adivinanzas.

CASABAL.—¡Ah, muy bien! Yo soy tremendo para las adivinanzas!

DIONISIA.—A ver, a ver; diga usted una.

ESTELA.—Doña María, Sarita, vengan aquí; Casabal nos va a proponer una adivinanza.

SARA.—¡Dios nos asista!

Doña MARIA.—¿A qué nos suelta alguna atrocidad?

CASABAL.—No, atrocidad no se me ocurre ninguna; pero adivinanza, sí, tengo una morrocotuda. Y es original, ¿eh? La he inventado los otros días, mientras leía el "Quijote".

LEONOR.—Debe ser espléndida.

M. ELENA.—Admirable.

DIONISIA.—Nunca oída.

CASABAL.—Ríanse ustedes; pero dentro de poco se pondrán pálidas de envidia.

SARA.—Si es que no nos ponemos coloradas.

CASABAL.—Ché, ché, sobrinita; ¿te figuras que no sé alternar con señoritas de buena sociedad? (**a doña María**). Me parece que tu hija me está perdiendo el respeto.

Doña MARIA.—Tú tienes la culpa.

CASABAL.—No, la culpa la tienes tú, que no has sabido educarla. (**a las demás señoritas**). Esta no sabe educar a nadie. Es una tarambana. Figúrense ustedes que cuando era chica...

LEONOR.—Pero, ¿la adivinanza que iba a decirnos?

ESTELA.—Déjese de cuentos y venga la adivinanza.

CASABAL.—Bien, bien, allá va mi adivinanza. (**Pausa; con mucha gravedad**). ¿En qué se parecen las mujeres a los perros?

M. ELENA.—¡Ay, que horror!

DIONISIA.—¡Ja, ja, ja, ja!

Doña MARIA.—¡Qué atrocidad, hombre!

CASABAL.—No, si no hay que asustarse; es una adivinanza.

SARA.—Es que no se parecen en nada.

LEONOR.—¿Cómo quiere que se parezcan?

CASABAL.—Pues en algo se parecen mucho, y hay que acertar. Vamos, ¿en que se parecen las mujeres a los perros?

ESTELA.—Ya lo sé. En que son fieles.

CASABAL.—No es eso. Hay algunas que serán fieles, pero hay otras que dan cada mordisco...

Doña MARIA.—En que tienen cola.

CASABAL.—¿Cómo, que tienen cola? ¿Tú tienes cola?

Doña MARIA.—La cola del vestido.

CASABAL.—Ahora andan las mujeres con el vestido a media asta, luciendo los palitos, conque... ya ves tú!

M. ELENA.—Pues yo me doy por vencida.

LEONOR.—Yo también.

DIONISIA.—Y yo.

CASABAL.—¿Todos se dan por vencidos?

SARA.—Todos. Veamos, ¿en qué se parecen?

CASABAL.—En que cuando se encuentran dos por la calle, se dan vuelta para... mirarse... **(Risas, exclamaciones).**

Doña MARIA.—Este hombre tiene más gracia que un carro fúnebre.

ESCENA IV

DICHOS, MANGACHA; luego, LUCIA

MANGACHA.—¿Qué significa toda esta algazara?

ESTELA.—Tu señor padrino que nos pone adivinanzas.

MANGACHA.—A mi señor padrino voy a tener que alargarle las orejas si no se porta con juicio. **(A Lucía que entra con todo el servicio de té:)** Lucía, deje eso sobre la mesa. **(A Dionisia que está cerca:)** Tú, Dionisia, me ayudarás a servir.

M. ELENA.—**(Aproximándose).** Y yo también. **(Entre las tres sirven el té a los demás personajes).**

(Sara, Estela, María Elena, Doña María, Leonor y Dionisia, formarán un grupo cerca del piano; Casabal va a instalarse en el sofá, donde se le reunirá Mangacha).

SARA.—**(a Leonor).** Es un vals que me trajo Mauricio, divino.....

LEONOR.—¿Quién es divino? ¿Mauricio o el vals?

SARA.—**(Confidencialmente).** ¡Cállate! Como Mauricio no hay nada en el mundo. Si vieras que horroroso está ahora con el bigote recortado en forma de cepillo... Lo adoro.

LEONOR.—**(bajo).** ¿Te hace cosquillitas cuando te besa?

SARA.—¿Te quieres callar, mal pensada? Mira, el vals es así. No sé más que un poquito de memoria, pero no importa... **(Ejecuta muy levemente un vals).**

CASABAL.—Eso es, ¡música, música!

MANGACHA,—¿Cuántos bizcochitos, padrino?

CASABAL.—¿Has servido a los otros?

MANGACHA.—Si.

CASABAL.—Entonces deja los bizcochos aquí. **(Los coloca a su lado y se sirve a su gusto).** Si los pesca mi hermana Doña María, no deja ni uno. Yo no sé como hay gente que pueda comer tantos bizcochos. **(Continúa atiborrándose de ellos).**

MANGACHA.—**(Sentándose a su lado).** Si, hay familias así.

CASABAL.—¿Lo dices por mí? Mira, por lo pronto, un hombre puede hacer ciertas cosas que no le es permitido a la mujer... Yo puedo comer muchos bizcochos, sin parecer grosero, en tanto que si mi hermana lo hiciera, en sociedad, ¿comprendes? ¡Qué diablos! Así es la vida.

MANGACHA.—Así es la vida. Un hombre puede declararle su amor a una niña; pero una niña no puede revelar sus sentimientos al hombre que ama...

CASABAL.—¡Hola, hola! ¿Qué mosca te ha picado? **(En este instante Sara cesa de tocar el vals y continúa conversando con sus amigas).** A ver, explícate, chiquilla.

MANGACHA.—¡Dios mío! ¡Conque ojos me mira usted, padrino! Pues no se asuste, que no se trata de mí, sino de una amiguita.

CASABAL.—¡Ah, ah! Muy bien. Vamos a ver de que se trata. Estas

historias me interesan siempre.

MANGACHA.—¡Oh! Es muy sencillo. Una señorita buena, linda, muy bien educada, alegre...

CASABAL.—¿Está en esta sala?

MANGACHA.—Puede ser.

CASABAL.—Continúa la historia.

MANGACHA.—...está enamorada, pero enamorada de verdad, de un excelente joven, muy juicioso, muy caballero...

CASABAL.—Prosigue. Las cualidades del hombre no me interesan como las de la mujer. Conque tu amiga está enamorada de un joven; y el joven, ¿le corresponde?

MANGACHA.—Ahí está el quid del problema. Nunca han cambiado una palabra al respecto. Se encuentran a veces por casualidad, se saludan, conversan de cosas que nada tienen que ver con el amor, se dan la mano y se separan. Nada más.

CASABAL.—Hay que convenir que es bien poco. Tu amiguita no puede asegurar nada sobre el amor de ese joven...

MANGACHA.—¡Al contrario! Está segura de que él la ama.

CASABAL.—¡Zapateta! ¿Y cómo puede tener esa seguridad si él no le ha dicho una palabra?

MANGACHA.—Esas cosas las adivinamos nosotras siempre, sin necesidad de que nos las digan.

CASABAL.—**(Mirándola de reojo).** ¡Ah, las adivinan! ¿Y cómo sucede eso?

MANGACHA.—¿Que sé yo? Es una mirada, un gesto, cualquier cosa lo que aproxima a dos seres que se tienen simpatía. No se dicen nada, pero son felices con hallarse juntos. A veces se turban por las cosas más inocentes y pueriles; porque sus manos se rozan al alcanzarse algo; porque sus nombres aparecen juntos en la conversación, ¡que sé yo!

CASABAL.—No, al contrario; si se vé que sabes bastante. Se conoce que tu amiguita te ha hecho confidencias. Y vamos a ver, ¿quién es el joven?

SARA.—Fíjense, muchachas en aquel dúo de tío con Mangacha. ¿Qué estarán complotando?

Doña MARIA.—Alguna historia que le hace Casabal.

M. ELENA.—¿Vamos a enterarnos?

SARA.—Vamos antes a pedir permiso, no sea que nos reciba tío con una de esas bromitas que parecen un escopetazo.

ESTELA.—Señor Casabal, ¿no podríamos oir el cuento que usted le está haciendo a Mangacha?

CASABAL.—No, el cuento me lo está haciendo ella a mí.

SARA.—Pero, ¿no podemos enterarnos nosotras?

CASABAL.—No; entreténganse con mi hermana: es una mujer muy espiritual. **(A Mangacha).** Pero, vamos a ver; ese joven, ¿es tonto o mudo? ¿Por qué no se declara si ama a la niña?

MANGACHA.—Acaso está cohibido por su condición... Como, según dicen, no tiene padre...

CASABAL.—¡Ah, muy bien! Es un hijo natural. Lo mismo que el secretario de tu papá, el señor Carlos Sandoval... **(mirándola con disimulo).** Creo que el joven Sandoval está en ese caso...

MANGACHA.—Sí, me parece; no estoy bien enterada. Pero, en fin...

CASABAL.—¿ Y tu amiguita está bien enamorada de ese joven? ¿Está segura de su amor? ¿No será un caprichito?

MANGACHA.—¡Oh, no! ¡Le quiere con toda su alma!

CASABAL.—¡Caracoles! ¡Qué entusiasmo... qué entusiasmo el de la niña!... Pues entonces, si tanto lo quiere, y en vista de que el joven Sandoval es un excelente muchacho...

MANGACHA.—¿No es cierto?

CASABAL.—Ya, ya. Es serio, trabajador, muy honrado... ¿Un poco anarquista, me parece?

MANGACHA.—¿Que sé yo?

CASABAL.—¡Claro! ¡Qué sabes tú! Pues nada, hay que ayudar a la niña. Lo primero, es hablar al mamarracho de tu padre...

MANGACHA.—¿Eh, qué dice usted?

CASABAL.—Anda, tontuela! Si hace rato que te he "mangiado" el secreto. ¿No es "mangiado" que dicen ahora por ahí? Pues yo he "mangiado". Lo que sí, que me has dado una sorpresa! ¡Miren la mosquita muerta!

MANGACHA.—¡Padrino!

CASABAL.—Lo dicho. Lo primero, enterar a Lacaze de que está en peligro de ser abuelo...

MANGACHA.—¡Padrino!

CASABAL.—**(Prosiguiendo)** ...a ver si tiene algún reparo que oponer... de eso yo me encargo...; y luego, a desatarle la lengua al joven mudo a ver que es lo que tiene dentro del alma. Pero ¿de veras? ¿no te ha dicho una palabra?

MANGACHA.—Nada, absolutamente nada.

CASABAL.—Estos jóvenes del día son más estúpidos que las ostras.

ESTELA.—**(Viniendo con Leonor hacia Mangacha).** Pero, ¿qué significa este aparte entre padrino y ahijada?

CASABAL.—Esto significa que Mangacha me quiere meter en un baile que ¡ya, ya! Lo bueno es que yo todavía me las arreglo con Tersícore.

M. ELENA.—¿Usted sabe bailar, Casabal?

CASABAL.—¿Y cómo te va, m'hijita? A ver, Sara, un cake-walk. **(Sara ejecuta unos compases en el piano y Casabal da unos cuantos pases. En este instante, entra Encarnación con Inés y se queda estupefacta, clavada en la puerta).**

ESCENA V

DICHOS, ENCARNACION e INES

ENCARNACION.—Muy bien; muy bien. Continúe usted Casabal.

CASABAL.—Mi queridísima señora Encarnación. ¿No quiere usted acompañarme?

ENCARNACION.—**(Mientras avanza para saludar a Doña María).** Salga de ahí, viejo tarambana. ¿Ese es el ejemplo que da usted a estas criaturas de Dios? ¿Cómo está, Misia María?

CASABAL.—Cada uno da lo que tiene, mi cara enemiga: las flores, su perfume; los erizos, sus pinchazos!

Doña MARIA.—**(a Casabal).** ¡Casabal, por favor!

ENCARNACION.—Déjelo; ya estoy hecha a las amabilidades de este buen señor.

M. ELENA.—Vamos, Estela; le prometimos a mamá volver a las tres.

LEONOR.—Yo las acompaño.

MANGACHA.—¿Cómo, se van tan pronto?

ESTELA.—Te hemos acompañado mañana y tarde. No puedes quejarte.

ENCARNACION.—Inés, hija mía; llévame esto para adentro. **(Dándole su manto y sombrero).** Aquí se asfixia una con todas estas flores.

INES.—**(Haciendo lo que se le dice).** Está bien, señora. **(Medio mutis).**

ENCARNACION.—¡Ah! Y estas tazas que las recoja Lucía. ¡Jesús! ¡Qué desorden! Bien hubieras podido, Mangacha, llevar a tus amiguitas al comedor. En el salón no se toma té.

CASABAL.—Eso era en los viejos tiempos, Encarna, en el siglo XIX; ahora estamos en el siglo XX.

ENCARNACION.—En el siglo de los tarambanas y desordenados. Ya lo he advertido.

M. ELENA.—Vamos, vamos. **(Se despiden).**

MANGACHA.—Vengan a ponerse los sombreros y saldrán por el corredor. **(Entranse María Elena, Estela, Leonor y Dionisia, a las que acompañan Mangacha y Sara).**

ESCENA VI

CASABAL, ENCARNACION, Doña MARIA, LUCIA, un momento.

ENCARNACION.—¡Uf! ¡Qué mareo! Todas estas niñas que van y vienen, charlan, ríen y cantan, me dan dolor de cabeza. Figúrese, doña María, desde esta mañana que las tenemos en casa; son muy buenas, muy cariñosas; pero nosotros, mi hermano Luis y yo, empezamos a estar viejos, y estos nos fatiga los nervios.

CASABAL.—¿Qué hemos de hacerle, Encarna? El sol, el aire, el movi-

miento, la alegría son condiciones de la juventud. No hay que ser egoistas. Si nosotros ya no podemos gozar de esos bienes, tenemos que consolarnos recordando que antes que esas niñas fuimos jóvenes.

ENCARNACION.—Fuimos jóvenes, pero sin tanto ruído y aparato. En mis tiempos éramos más sosegados, más sentaditos: cantábamos en la iglesia los domingo y en casa trabajábamos toda la semana. Hasta los veinte años no hablábamos de novios. Delante de las personas mayores guardábamos compostura; y en todo momento las respetábamos. Mire usted lo que pasa aquí. Mangacha no me obedece en nada. Sabe que las flores me hacen daño y ha llenado la casa de flores.

Doña MARIA.—Como es el día de su santo, es excusable...

CASABAL.—Si las amigas la han obsequiado, no iba a tirar los ramos a la calle.

ENCARNACION.—Es que no es eso solo, misia María; es que esta chica es tan testaruda como lo fué su madre, a quien Dios le haya perdonado sus pecados. Basta que yo le ordene una cosa para que haga todo lo contrario. ¿Qué no me gustan las flores? Pues es muy capaz de haberle pedido a sus amigas que le enviaran flores, en vez de otros presentes, para llenar la casa de ellas. ¿Qué sabe que ese reloj, **(indicando el de la consola)**, lo quería yo sobre el escritorio de Luis? Pues ahí lo tiene usted sobre la consola. ¿Qué no me gustan ciertas piezas musicales? Pues a aporriar tangos todo el santo día de Dios en ese maldito piano.

CASABAL.—Es caprichosilla y testaruda, es verdad; pero, en cambio, la adora a usted y a su papá.

ENCARNACION.—A su papá, tal vez; lo que no hay duda es que Luis está embobado con ella. Le hace todos los gustos, le tolera todas las extravagancias. Vea usted lo que ha hecho Mangacha de esta sala. Antes estaba muy bien con su papel rojo, sus muebles severos; ahora...

CASABAL.—Ahora está mejor con estos muebles dorados y ese decorado alegre y primaveral...

ENCARNACION.—Déjeme en paz, Casabal, se lo ruego. Y todo esto, misia María, lo ha hecho Mangacha a su antojo, sin consultarme para nada y sin consultar a Luis, porque a su padre lo lleva donde quiera y juega con él como con un falderillo. De veras, hay días que quisiera marcharme de aquí.

Doña MARIA.—Hay que tener paciencia, doña Encarnación; con la paciencia los cristianos ganan el cielo.

ENCARNACION.—¡Ay, ya no tengo más paciencia, Dios me perdone! Toda me la ha consumido las travesuras de esta chica. Es igualita a su madre: la misma obcecasión, los mismos arrebatos. **(Viendo entrar a Lucía, que viene a retirar el servicio de té).** Mire usted. ¿Lucía?

LUCIA.—¿Señora?

ENCARNACION.—¿No le he dicho que se peinara con trenza suelta?

LUCIA.—La señorita Mangacha me ordenó que me peinara así.

ENCARNACION.—**(Después de mirar significativamente a los otros:)** ¿No le dije que entre casa se vistiera de otro modo?

LUCIA.—La señorita quiso....

ENCARNACION.—Está bien; llévese eso. **(Lucía recoje las tazas y váse. A doña María sencillamente).** Ahí está.

Doña MARIA.—**(Para cambiar de conversación).** Y al padre Luis, ¿hace tiempo que no le ve?

ENCARNACION.—Anoche volvió al fin a tomar el chocolate con nosotros. Pobrecillo. Ha estado muy constipado. Ha debido guardar cama quince días.

Doña MARIA.—¿Y Moreno?

ENCARNACION.—Hecho un roble. Todas las noches a las nueve, le tenemos aquí para la partidita de dominó. ¡Con setenta años sobre las espaldas! Eso es resultado de haber llevado una juventud como Dios manda.

Doña MARIA.—El pobre Salvatierra es el que se nos fué...

ENCARNACION.—Dios lo tenga en su gloria. Era más joven y más fuerte que Moreno, y ya ve usted. ¡Lo que somos, Dios mío!

CASABAL.—Sí, somos unos cachivaches. **(Viendo entrar a Mangacha y Sara:)** Y aquí tienen ustedes la juventud. la luz, el canto, el perfume. Vean

lo que parecemos a su lado, más cachivaches todavía. ¡Qué miseria!

ESCENA VII

DICHOS, MANGACHA y SARA

SARA.—¿Qué es lo que dice tío?

Doña MARIA.—Que es un cachivache.

MANGACHA.—En todo caso es uno de esos cachivaches que guardan los coleccionistas devotamente por su mérito artístico.

CASABAL.—¡Ajajá! Eso es una contestación.

SARA.—O, como dice el refrán, el que ha sido buen vino es buen vinagre.

CASABAL.—No, eso del vinagre le sienta mejor a Encarnación.

Doña MARIA.—¿Te quieres callar, fastidioso?

ENCARNACION.—Déjelo; el mozo tiene que lucir sus habilidades.

Doña MARIA.—Es que yo no sé como le consiente usted esas puyas. Ya debía haberlo puesto, hace tiempo, de patitas en la calle. En casa es lo mismo; siempre con burlas y cuchufletas.

CASABAL.—Es verdad, allí soy lo mismo, y no me han echado a la calle.

SARA.—Bueno, vamos mamá, que se nos hace tarde.

Doña MARIA.—Si, si, vamos.

ENCARNACION.—Las acompaño hasta el vestíbulo. **(Salen Doña María, Sara y Encarnación. Mangacha que las ha acompañado hasta la puerta, vuelve a hacerle compañía a Casabal.)**

ESCENA VIII

CASABAL, MANGACHA; luego, SANDOVAL

MANGACHA.—No le diga esas cosas a tía. ¿No se da cuenta que la disgusta?

CASABAL.—¡Ya lo creo que me doy cuenta! Y por eso es que se las digo, para disgustarla. ¿Acaso ella, cuando puede, no me suelta alguna andanada? Los otros días, cuando me encontró en la calle hablando con una chica, con una pobre chica que se paró a preguntarme la hora,—te juro que se paró a preguntarme la hora,—¿no anduvo con la noticia por todos lados, poniéndome en ridículo? ¿Y cuando me estrené aquel jaquet gris perla... ya te acordarás... un jaquet que me sentaba bastante bien...

SANDOVAL.—**(Que llega de las habitaciones interiores, con un cartapacio y el sombrero en la mano).** Con permiso. Señor Casabal, el doctor Lacaze le ruega se sirva pasar a su habitación.

CASABAL.—Perfectamente; vamos allá.

MANGACHA.—Padrino...

CASABAL.—**(Volviéndose antes de salir).** Ya, ya. No me he olvidado. Le hablaré a Luis. **(Sale, no sin antes arrojar una rápida mirada a ambos jóvenes).** Hasta ahora.

ESCENA IX

MANGACHA y SANDOVAL

SANDOVAL.—**(Un tanto emocionado).** Señorita, voy a retirarme.

MANGACHA.—Hoy, a pesar de haber sido fiesta en esta casa, ha trabajado usted bastante con mi padre.

SANDOVAL.—Si, teníamos que concluir algunos trabajos, organizar papeles, en fin... todo lo que hay que hacer en estos casos. Ahora, si usted me permite...

MANGACHA.—Está bien; hasta mañana, señor Sandoval.

SANDOVAL.—No, hasta mañana no. Por eso quería despedirme de usted, que tan atenta ha sido siempre conmigo. Ya no soy más secretario del doctor Lacaze.

MANGACHA.—¿Qué dice usted? ¿Qué no es más el secretario de papá?

SANDOVAL.—No, señorita; desde hoy ceso en mi empleo. En virtud de eso, quisiera ahora significarle a usted cuanto es mi agradecimiento.... mi profundo agradecimiento... por la... por el... por las amabilidades, eso es, que usted... conque usted me ha tratado...

(Mangacha sorprendida, no contesta. Sandoval espera un instante, luego se inclina respetuosamente y se dispone a salir.)

MANGACHA.—Sandoval! ¿Dónde va usted? ¿Qué ha pasado con mi pa-

dre ?¿Por qué no volverá usted más aquí?

SANDOVAL.—No ha pasado nada... El doctor Lacaze no necesita más mis servicios...

MANGACHA.—Eso no es cierto. Si usted cesa en su cargo de secretario, hay un motivo para ello. Creo que yo podría conocerlo.

SANDOVAL.—Su papá, acaso, le explicará... Pero, en verdad, no hay un motivo...

MANGACHA.—**(Que habla en voz breve, como los que saben imponer su voluntad).** ¿Papá se ha disgustado con usted?

SANDOVAL.—No señorita; el doctor Lacaze ha sido siempre muy bueno conmigo. A pesar de que conoce mis ideas... ya sabe usted... tengo ciertas ideas que no concuerdan con las de su papá, éste siempre me ha tratado con deferencia...

MANGACHA.—¿Entonces es usted el que se marcha por su propia voluntad?

SANDOVAL.—**(Con algún esfuerzo).** Por mi voluntad... eso es... justamente...

MANGACHA.—¿Tiene usted aquí algún motivo de disgusto?...

SANDOVAL.—¡Oh, no señorita! Al contrario. Llevo de esta casa el más... **(Vacilando otra vez; no encontrando las palabras; temiendo traicinarse.)** ... en fin... un buen... un grato recuerdo...

MANGACHA.—¿Mi tía Encarnación le ha dicho a usted algo?

SANDOVAL.—No se fatigue usted, Margarita... **(Excusándose).** ¡Oh, discúlpeme usted... quise decir, señorita... Me voy para ocupar otro empleo...

MANGACHA.—¿Dónde? ¿Con quién?

SANDOVAL.—**(Acorralado).** ¿Con quién?... Verá usted... Todavía, la verdad... pero un amigo me ha hablado...

MANGACHA.—Basta. He comprendido. **(Sandoval permanece en silencio, jugando con su cartapacio, cohibido; Mangacha va hasta el piano, coje distraidamente unas flores de un jarrón que hay allí, y, deshojando una de ellas, se vuelve de pronto hacia el joven).** Dígame, Sandoval. ¿Por qué no me ha hablado usted antes?

SANDOVAL.—Señorita...

MANGACHA.—¿Por qué no me ha dicho lo que tenía que decirme? Vamos, míreme a la cara. ¿Por qué no me ha dicho usted que me quería?

SANDOVAL.—**(Vacilando aún, desconcertado por la ruda franqueza de Mangacha).** Señorita...

MANGACHA.—Hable, pues; es usted un hombre. Yo soy mujer y ya ve como le hablo.

SANDOVAL.—Y bien, señorita, ya que me interroga usted así, le hablaré con toda franqueza. Aún cuando yo no tengo ciertos prejuicios sociales no he querido, sin embargo, que nadie pudiera algún día enrostrarme que había sorprendido su inocencia, que la había ofrecido mi amor sin poder cumplir luego con las exigencias del mundo en que usted vive. **(Bajando la voz, con emoción).** Yo no tengo un nombre para ofrecerle a usted.

MANGACHA.—**(Siempre con concisión y virilidad).** Tiene usted el nombre de su madre. Las mujeres podemos también dar un nombre a nuestros hijos, a veces mejor que el que ofrecen los hombres.

SANDOVAL.—**(Admirativamente por la mujer que se revela ante él:)** ¡Margarita!

MANGACHA.—**(Siempre con brevedad).** ¿O acaso no es un nombre limpio y honrado el de su mamá de usted?

SANDOVAL.—**(Con fervor).** ¡Oh, eso sí! ¡Puedo jurarlo! Mi buena, mi santa madre, ha purgado bien caro, con toda una vida de privaciones y de trabajos, la falta de su primera juventud. Perdóneme usted que le hable de esto. Pero si usted la conociera, vería que buena es, y cómo quiere a su hijo, y cuán digna de perdón es la pobrecita...

MANGACHA.—Lo creo así, señor Sandoval. En cuanto a su padre...

SANDOVAL.—Jamás se ha acordado de nosotros...

MANGACHA.—Ya ve usted que no necesita de su nombre. Nuestros padres no son tan sólo los que nos dan la vida, sino los que nos dan su san-

gre y su amor para triunfar en la vida.

SANDOVAL.—Pero en la sociedad en que usted vive...

MANGACHA.—En la sociedad en que yo vivo, generalmente se preocupan los padres de averiguar el apellido y la fortuna de los pretendientes de sus hijas, pero se olvidan de averiguar si es un muchacho honesto o si es un muchacho sin enfermedades. Así se esclaviza a la mujer y así se arruina a la raza. En cuanto a mí, quiero querer a un hombre fuerte, leal y bueno, obedeciendo a mi corazón y sin cuidarme de los demás.

SANDOVAL.—¿No llegará usted a arrepentirse algún día de pensar así?

MANGACHA.—Nadie debe arrepentirse de pensar bien, de acuerdo a su corazón y su conciencia.

SANDOVAL.—¿Entonces tendría usted valor para luchar contra todos? ¿Me entiende usted bién? ¿Contra todos?

MANGACHA.—Yo tengo el valor de mi corazón, que puede lo que quiere.

SANDOVAL.—Es que, Margarita, usted no conoce las crueldades de la vida. Usted no imagina los terribles combates que pueden asaltarnos. Usted no puede sospechar las oposiciones crueles que mañana mismo, tal vez, podrían hacer vacilar su ánimo. Y yo tengo miedo de todo eso que adivino, que presiento, que veo agazapado en la sombra; tengo miedo por usted, que sería la primera víctima y que conocería el más cruel de los dolores al ver destrozadas sus primeras ilusiones.

MANGACHA.—¿Es que me habré engañado, Sandoval? ¿Es que acaso no me ama usted, como yo me lo figuraba, con un amor capaz de resistir todas las adversidades?

SANDOVAL.—¡Oh, no! Yo la amo a usted con toda el alma, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las palpitaciones de mi corazón. Pero, porque la amo a usted así, con delirio, con transporte, con religiosidad, es por lo que tiemblo y vacilo...

MANGACHA.—Entonces, si me ama usted así, no puede resignarse a perderme para siempre por el vago temor de lo que puede sobrevenir. Es condición del hombre que ama de veras,—al menos, me parece que debe ser así,—luchar contra todos los obstáculos, vencer todas las dificultades, y dejar su sangre y su vida en la contienda por conquistar el objeto de su amor. Yo de mi puedo decirle, Sandoval, que cuando deseo una cosa no pienso en los obstáculos más que para apartarlos de mi camino y medir la grandeza de mi triunfo.

SANDOVAL.—¡Qué grande, qué noble y qué buena es usted, Margarita! Sí, la amo, la amo con delirio, y ya no vacilo más. Ahora, sabiéndola digna de mí, tendré valor para disputarla contra todas las guerras y contra todos los peligros.

MANGACHA.—Tome usted mi mano, Sandoval. **(Al tenderle la diestra se le cae una rosa).** Yo también le amo a usted, y al decírcelo así, créame, es por la vida.

SANDOVAL.—Gracias, Margarita. Ahora, nada ni nadie podrá separarnos. He de volver a hablar con su papá. **(Sin apresuramientos, recoge la flor y se la devuelve).**

MANGACHA.—Guárdela usted.

(Sandoval se dirige hacia la puerta de salida; Mangacha hacia una de las interiores. Una vez en ellas, ambos se vuelven y se despiden con un gesto amistoso, sencillamente).

TELON

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ENCARNACION, Doña MARIA, SARA, MANGACHA y MORENO; Doña María y Encarnación estarán, sentadas en el sofá y al lado de éstas, en un sillón, Moreno, Mangacha y Sara, cerca del piano, conversan aparte y oyen la conversación de los otros.

ENCARNACION.—Pues eso no es nada; ¿a que no saben ustedes lo mejor?

Doña MARIA.—¿Qué es ello, doña Encarnación?

ENCARNACION.—Que la viuda de Rodríguez se casa, ¡una mujer con hijos hombres!

MORENO.—Pero, ¿qué nos cuenta usted Encarnación? ¿La viuda de Rodríguez, la de la historia con el periodista Rebollo?

ENCARNACION.—**(Bajo, en tono de reproche).** ¡Qué hay niñas delante, Moreno! **(Moreno hace un gesto de excusa. Encarnación prosigue, más alto:)** La mismita. ¿Qué les parece a ustedes? ¿No tengo razón cuando digo que este mundo está perdido?

Doña MARIA.—Pero, ¿quién es el que tiene el valor de casarse con ese monumento? ¿Por qué debe ser madurita la de Rodríguez?

MORENO.—Debe andar por los cuarenta y cinco...

ENCARNACION.—Y cincuenta bien contados también, Moreno.

MORENO.—¿Le parece, querida amiga?

ENCARNACION.—Saque usted la cuenta. ¿Cuándo fué la revolución del quebracho?

MORENO.—El 83, o el 84, o el 85, por ahí cerquita no más.

ENCARNACION.—Bueno, pues, por esa fecha salimos juntas del Colegio de las hermanas. Ella tenía veinte años y yo era apenas mayorcita de dos años. Por más señas, tenía entonces un novio, que lo mataron en Puntas de Soto.

MORENO.—¿Dice usted que en 1884 tenía veinte años? Bueno, pues, del 84 al 900 van, van, van diez y seis y veinte son treinta y seis. Y al 14, catorce. ¿Treinta y seis y catorce?... ¿treinta y seis y catorce?... ¡Carambita! ¡Estas sumas de memoria!... ¿Treinta y seis y catorce?...

Doña MARIA.—Me parece que son cuarenta...

SARA.—Cincuenta, mamá; clavaditos.

MORENO.—Justo, cincuenta, justo; eso es...

ENCARNACION.—¿No les decía yo a ustedes?

Doña MARIA.—Pero, ¿y con quién se casa?

ENCARNACION.—Con Emilio Ferro.

MORENO.—¿Con don Emilio Ferro? ¡Pero si es casado!

ENCARNACION.—Con el hijo de don Emilio, hombre.

MORENO.—¿Con el hijo? ¿Con el "pebetito"? ¡Ave María Purísima! ¡Si puede ser su mamá!

Doña MARIA.—¡Qué cosas se ven, santo Dios!

ENCARNACION.—¡Figúrense ustedes, qué juicio de mujer!

MORENO.—Eso es lo que yo digo: ¿Dónde está el juicio? Pero, ¡quiá! ¿Es que ahora alguno tiene juicio? Ni las mujeres ni los hombres.

ENCARNACION.—Y las mujeres son peores que los hombres. Ya no tienen pudor ni delicadeza. Vea usted como andan por esas calles, medio desnudas, ¡Dios me perdone!...

MORENO.—Ya, ya. ¡Se ve cada cosa! Yo no sé dónde vamos a parar...

ENCARNACION.—Al infierno, Moreno; de cabecita al infierno; créame Vd. a mí. Ya no hay ley ni respeto a nadie. Las niñas, a penas se ponen los trapitos largos, no piensan sino en tener novio, el primero que caiga, así sea un desconocido o un aventurero, y desobedecen a los padres, y se mofan de toda la creación.

MANGACHA.—**(A Sara).** ¿Vamos a mi cuarto? Te mostraré el sombrero que me trajo la modista.

(Silencio. Encarnación dirige una mirada a Doña María y ambas observan la salida de las jóvenes. Cuando éstas se hallan junto a la puerta es que dice Doña María su parlamento).

Doña MARIA.—Mira, Sarita, que es ya tarde y que pronto hemos de retirarnos.

SARA.—Vuelvo enseguida, mamá. **(Mutis de Mangacha y Sara).**

ESCENA II

DICHOS, menos, MANGACHA y SARA

ENCARNACION.—**(Estallando).** ¡Ahí lo tiene usted, misia María! ¡Ahí

tiene la actitud de ese pergeño! Y siempre, siempre ha sido así. No puedo hacer nada, no puedo decir una palabra, sin que de inmediato me haga sentir su protesta o su rebeldía.

Doña MARIA.—Puede ser que Mangacha quisiera mostrarle efectivamente su sombrero a Sarita.

ENCARNACION.—¡Quite usted, usted no la conoce! ¡Es la madre en pinta! Se parecen en el rostro y en el alma. Igualitas, igualitas. Y no le digo nada, de unos días a esta parte, con el asunto de ese dichoso Sandoval... ¡Ay, vírgen de los acongojados! Esta muchacha nos mata a todos.

MORENO.—¿Entonces es cierto lo que se dice, amiga mía?

ENCARNACION.—¿Qué se dice, Moreno? ¿Ya estamos en lenguas de la gente? ¡Tenía que suceder!

MORENO.—Los otros días, después de misa, en la ruedita, ya sabe usted, en la ruedita del baptisterio...

ENCARNACION.—Si, si...

MORENO.—Estaba don Anacleto con la hija viuda, la señora de Pomares...

Doña MARIA.—¡Ay, qué lengua! ¡Después le disparamos a las víboras!

MORENO.—**(Prosiguiendo su enumeración).** ...doña Paula...

ENCARNACION.—¡Otra que tal!

MORENO.—**(Idem)**... la señora brasilera, la de Mariño... en fin, las de la ruedita...

ENCARNACION.—¿Y bien?

MORENO.—Y bien, que la señora de Pomares aseguró que sabía por un sobrino, aquel loco que se está comiendo todo en las carreras, ya saben usteles?...

ENCARNACION.—Siga, hombre, siga...

MORENO.—... que don Luis Lacaze había arrojado de esta casa a ese mocito Sandoval...

Doña MARIA.—¿Y qué más?

MORENO.—No sé; después hablaron todos allí; se hicieron suposiciones; que si sería por esto o por lo otro...

ENCARNACION.—¡Qué infamia! Se ha rechazado a Sandoval porque no tiene padre, porque es un hijo del amor...

MORENO.—¡Claro! Eso es lo que dije yo. Y todos convinimos en ello, naturalmente. Pero, eso si, a Mangacha la censuraron muchísimo, muchísimo...

ENCARNACION.—¡Oh! Todo lo que se diga de esa criatura es bien poco! Esta casa es un infierno por su culpa. Mi hermano Luis vive sin sombra. Y lo peor, amigos míos, lo peor es que ya no me escucha. Ese condenado de Casabal ha tomado partido por su ahijada y ahí lo tenemos a Luis que está por ceder....

MORENO.—¡No es posible!

Doña MARIA.—¿Qué me cuenta usted?

ENCARNACION.—Así, como suena. Ya saben ustedes que Luis ha sido siempre un hombre débil, un infeliz. Ahora le han hecho ver que si no accede al matrimonio, la muchacha puede hacer una locura.

MORENO.—Que la metan en un convento, ¡canastos!... En el convento no se hacen locuras.

ENCARNACION.—**(Súbitamente).** ¡Hombre! ¿Sabe usted que tiene razón, Moreno? Estoy tan agitada con esta historia que no se me había ocurrido... Pues, sí, sería un recurso para quebrar a ese carácter endiablado que pretende salirse con la suya.

Doña MARIA.—Aquí tenemos al señor Lacaze. **(Entra Luis Lacaze).**

ESCENA III

DICHOS y LACAZE; luego, INES

LACAZE.—Cuánto de bueno por acá. ¿Cómo está doña María? ¿La niña quedó en la casita?

Doña MARIA.—No ,señor, no; anda por ahí dentro, con Mangacha. Y la verdad es que ya tarda, porque tenemos que hacer aún dos o tres visitas.

LACAZE.—¿Y ese querido Moreno? ¿A qué se debe esta visitita diur-

na? ¿No hacemos, esta noche, la partida de dominó?

MORENO.—¿Cómo, que no la hacemos? La haremos, si señor, si Dios quiere. A las nueve en punto le tomo el pulso a San Jorge... a mi pobre San Jorge, que me lo han cambiado de lugar. **(Indicando el reloj de la consola).**

LACAZE.—¿Entonces?

MORENO.—Entonces, hice esta escapadita de tarde para que usted no se olvidara que hoy es el día de San Luis Gonzaga...

Doña MARIA.—21 de Junio, primer día de invierno.

LACAZE.—... y el día en que don Cleto paga su semestre. Esta mañana lo he cobrado. **(Sacando un sobre del bolsillo y entregándoselo a Moreno).** Aquí lo tiene usted.

MORENO.—Muchas gracias. Ya veo que a usted no le cojo desprevenido nunca. **(Sacando a su vez un papel del bolsillo de la levita).** Y aquí tiene usted el recibito para su resguardo. Tiene la firma y el timbre.

LACAZE.—¡Oh, no había apuro!

MORENO.—Las cosas hay que hacerlas en regla. ¿ Y qué tal? ¿Qué tenemos de nuevo? Parece que Mangacha se nos quiere casar?

LACAZE.—Así es. A todos nos llega la hora en la vida. Unos con fortuna, otros sin ella...

ENCARNACION.—No te andes con evasivas, Luis. Y sobre todo, reflexiona que es obligación y deber de los padres velar por el porvenir de sus hijos. Que no sea cosa de alegrarlos ahora para verlos llorar mañana.

MORENO.—Eso está muy puesto en razón. Los hijos a obedecer, los padres a mandar. ¡Son muy grandes las responsabilidades de los padres, amigo mío!

LACAZE.—Ya, ya. Por eso estoy tan conturbado. **(Viendo llegar a Inés)** ¿Qué hay, Inés?

INES.—El señor Carlos Sandoval, está ahí.

LACAZE.—¿Qué quiere?

INES.—Desea hablar con el señor.

Doña MARIA.—Yo me escapo. **(Saluda a Lacaze).**

MORENO.—También yo me voy. **(Idem).**

ENCARNACION.—Pasen por aquí. **(Los conduce hacia la puerta por donde se fueron Mangacha y Sara. A su hermano, antes de salir:)** Vamos a ver si sabes cumplir con tu deber. **(Lacaze se encoje de hombros, contrariado. Entonces Encarnación se aproxima a él:)** ¿Quieres que presencie la entrevista?

LACAZE.—No es necesario. **(Encarnación lo contempla un momento y luego sale en silencio).** Haga pasar, Inés.

ESCENA IV

LACAZE y SANDOVAL

SANDOVAL.—**(Desde la puerta).** Buenas tardes, doctor.

LACAZE.—Pase, Sandoval. **(Un silencio. Ambos experimentan el malestar de la entrevista. Al fin, Sandoval se decide).**

SANDOVAL.—Usted sabrá ya el objeto de mi visita. El señor Casabal, que tan bueno se ha mostrado conmigo, ha debido ya hablarle a usted.

LACAZE.—Sé que quiere usted a Mangacha y que desea casarse con ella.

SANDOVAL.—Así es; pero antes de pasar adelante, desearía sincerarme con usted.

LACAZE.—Es inútil; Casabal me lo ha dicho todo: que usted renunció el cargo que tenía aquí porque deseaba olvidar el amor que experimentaba por mi hija; que sólo contra su voluntad y ante la actitud de ella, usted concluyó por confesárselo. ¿No es así?

SANDOVAL.—Así es.

LACAZE.—Pero he de hacerle notar que su decisión de arrancar de su pecho un amor que usted mismo creía imposible, no había de ser muy firme cuando la sola presencia de Mangacha bastó para hacerle volver sobre sus pasos.

SANDOVAL.—Perdone usted, doctor Lacaze: mi decisión de alejarme era firmísima. Pero al transponer esa puerta y al encontrarme frente a fren-

te con su hija de usted, pudo más el corazón que la cabeza.

LACAZE.—¿De todos modos, habrá usted reflexionado bien lo que podrá brindarle a mi hija?

SANDOVAL.—Yo no soy nada, doctor, pero sé trabajar.

LACAZE.—¿Creo que ya tiene usted a su cargo su madre de usted?

SANDOVAL.—Trabajaré más que antes y así sostendré a las dos.

LACAZE.—La vida es dura, no hay que hacerse ilusiones. A veces, con la mejor voluntad del mundo, un joven no encuentra empleo, y entonces empiezan los días de amargura, sin pan.

SANDOVAL.—Mi madre, siendo una pobre mujer, me ha enseñado con su ejemplo que cuando hay que velar por la vida de un ser querido, no hay dolores ni dificultades que no se venzan. Siendo yo un hombre, calcule usted si tendré valor para ganar el pan de cada día.

LACAZE.—No será, por cierto, la riqueza lo que espera entonces a mi hija.

SANDOVAL.—No, señor; solamente la espera un hombre, que la quiere con toda el alma y que hará hasta lo imposible por no verla llorar. **(Entra Encarnación).**

ESCENA V

DICHOS y ENCARNACION

ENCARNACION.—¡Ah! ¿Estaban ustedes aquí? ¿Molesto?

LACAZE.—El señor Carlos Sandoval viene a solicitarme la mano de Mangacha.

ENCARNACION.—¡Ah, muy bien! El señor Sandoval conoce, sin duda alguna, las condiciones de vida que rodean a mi sobrina. No es el lujo ni la riqueza, es verdad, pero está hecha a las comodidades y se le satisfacen todos los gustos. ¿Podrá ofrecerle una vida por lo menos igual?

SANDOVAL.—Señora, yo soy pobre...

ENCARNACION.—**(Volviéndose a Lacaze, con mucha naturalidad).** ¿Entonces eres tú el que sostendrá el nuevo hogar?

SANDOVAL.—¡Señora! **(Conteniéndose).** Creo que mi conducta de empleado en esta casa ha comprobado que soy un hombre honesto.

ENCARNACION.—Hoy día los jóvenes más honestos son capaces de cualquier acción para pescar una buena hijuela.

SANDOVAL.—¿Quiere decir que usted se imagina....

ENCARNACION.—Yo no me imagino nada, señor mío. Yo veo simplemente este caso: por una parte, un joven que no tiene un céntimo para constituir un hogar, y por la otra una muchacha inocente, hija de un padre que está bien de fortuna, que cae en las redes del primero. Y entonces me digo...

SANDOVAL.—Yo no puedo consentir esa sospecha, señora. Y desde ahora declaro que no aceptaré nada del señor Lacaze...

ENCARNACION.—Eso se dice antes del casamiento. Después...

SANDOVAL.—Ni antes ni después....

ENCARNACION.—Aparte de que cuando muere el suegro, los yernos, ¡pobrecitos!, tienen que recibir a la fuerza la herencia de su mujer.

SANDOVAL.—Doctor Lacaze, perdóneme usted, pero debo retirarme. Yo no debo ni quiero discutir con la señora Encarnación... Volveré en otro instante...

LACAZE.—Aguarde usted, Sandoval. Es muy justificable que mi hermana vele por el porvenir de mi hija: ella ha sido, como quien dice, su verdadera madre. Es natural, pues, que haga objeciones o se muestre desconfiada. Pero yo soy quien decide en este caso.

SANDOVAL.—Está bien, doctor; hable usted.

LACAZE.—La diversidad de fortunas no es, en mi concepto, obstáculo insuperable. Más vale casar una hija con un hombre pobre y trabajador, que con otro rico y holgazán. Donde veo algo más delicado es en otra cosa...

SANDOVAL.—¿Quiere usted referirse a mi calidad de hijo natural?

LACAZE.—Oiga usted. No conocemos a su mamá, y aún cuando estoy dispuesto a creer que sólo ha cometido una falta, habría que establecer bien claramente ese hecho, es decir, que su vida ha sido siempre honesta.

SANDOVAL.—Yo salgo fiador de mi madre y estoy pronto a probar con ella cuanto se me exija. **(Entra Casabal).**

ESCENA VI

DICHOS y CASABAL

LACAZE.—Muy bien; comprobado que ella ha observado siempre buena conducta, transaré con Casabal que alega que los hijos naturales...

CASABAL.—... son tan inocentes de haber venido al mundo como los hijos legítimos.

ENCARNACION.—Entonces, para empezar, el señor Sandoval tendrá que explicarnos qué es lo que va a hacer su mamá a una casa-quinta de las afueras de la ciudad.

SANDOVAL.—**(Después de una pausa, durante la cual todos le miran con profunda atención).** Hace quince días, después de la primera entrevista que tuve con usted, doctor Lacaze, estaba yo profundamente desesperado. Me habían preguntado ustedes que nombre ofrecería a mi esposa y yo no tenía más que el nombre de mi madre. No tengo por que referirles en que estado de ánimo llegué a mi casa. La idea de que podía perder a Margarita... **(corrigiéndose)** a la señorita Margarita, me hizo cometer la primera mala acción de mi vida, de la que todavía me avergüenzo. Le reproché a mi madre su falta; ya ven ustedes, eso hice; estaba loco de dolor, loco, loco. Entonces aquella santa mujer no pensó sino en buscar los medios de allanarme el camino. Quiso volver a ver a mi padre, a quien no ha perdonado nunca su engaño, para implorarle que me diera su nombre. Y eso ha hecho mi madre, por mí, lo que nunca quiso hacer por ella, ni aún cuando el hambre y el frío reinaban en la casa; arrojarse a los pies de un hombre, de un hombre que la había perdido, para pedirle un poco de amor o un poco de piedad para su hijo...

CASABAL.—Eso, joven, no debió usted consentirlo.

SANDOVAL.—Eso no lo supe yo sino después, después que mi madre concurrió repetidas veces a la casa-quinta a que ha hecho alusión la señora, después que mi madre me trajo al fin el nombre de mi padre...

CASABAL.—¿Qué se llama?

SANDOVAL.—Roberto Blois.

LACAZE.—**(Poniéndose de pie).** ¡Roberto Blois!

ENCARNACION.—¡Jesús, María y José!

CASABAL.—**(Vivamente contrariado).** ¡Caray! ¡Caray!

SANDOVAL.—¿Qué hay? ¿Le conocen ustedes? ¿Qué significa esto? **(Una gran pausa. Sandoval mira a sus interlocutores con extrañeza, adivinando que un terrible obstáculo acaba de erguirse ante él. Encarnación se ha aproximado a Lacaze y Casabal al joven).** Pero, ¿qué sucede? **(A Casabal).** ¿Qué he hecho yo?

LACAZE.—**(Recobrándose).** Señor Sandoval, me duele en el alma tener que decírselo, pero ahora sí es imposible su matrimonio con mi hija.

SANDOVAL.—**(Extraviado, balbuciente).** Pero, ¿por qué? por ese nombre que he pronunciado?...

LACAZE.—Por eso. El hijo de Roberto Blois no puede casarse con la hija de Luis Lacaze. Le ruego a usted que se retire.

SANDOVAL.—Pero yo tengo derecho de saber... yo quiero, yo quiero saber qué significa esto... porque se me rechaza así...

LACAZE.—Esas mismas preguntas puede usted dirigírselas a su padre, ahora que le conoce.

SANDOVAL.—Es verdad. Tiene usted razón. Voy allá ahora mismo... **(Medio mutis).**

CASABAL.—**(Deteniéndole por el brazo).** Un momentito. **(Más bajo).** Váyase derecho a su casa y aguárdeme con paciencia. Yo le explicaré todo. Ahora déjeme hablar con esta gente.

SANDOVAL.—Sin embargo, me parece...

CASABAL.—Haga usted lo que le digo. Haga usted lo que le mando.

SANDOVAL.—Está bien. **(Sandoval se inclina y sale).**

ESCENA VII

LACAZE, ENCARNACION y CASABAL

ENCARNACION.—**(Alzando los brazos al cielo).** ¡Y luego dirán que no hay una providencia divina!

CASABAL.—Sí, señora, sí; y también hay un demonio que a veces ba-

ja a la tierra para enredar los asuntos de los hombres. Porque, vamos a ver; ¿qué culpa tiene ese pobre muchacho de ser hijo de ese pelagatos de Roberto Blois, que por lo visto ha andado detrás de todas las hijas de Eva?

ENCARNACION.—Las faltas de los padres recaerán sobre la cabeza de los hijos hasta la quinta generación,—así lo enseñan las Sagradas Escrituras.

CASABAL.—¡Qué Sagrada Escritura ni qué ocho cuartos! Lo que hay aquí es una malhadada coincidencia, una casualidad de quinientos mil demonios que se llevan... cien mil demonios del mismo infierno! Mire usted si era necesario que este muchacho, que es un muchacho honradote y bueno, que no tenía padre, que no necesitaba de él, venga a encontrarse un padre, que es precisamente... ya no sé lo que me digo!

ENCARNACION.—Lo sabe usted muy bien Casabal. Prosiga usted.

CASABAL.—¡Déjeme en paz!

ENCARNACION.—... que es precisamente el que sembró la ruina y el deshonor en esta casa, seduciendo y pervirtiendo a la madre de Mangacha.

CASABAL.—Bueno; y en todo esto pregunto yo: ¿qué culpa tiene ese chico de las barrabasadas de su padre?

LACAZE.—**(Saliendo de su abstracción).** Bien; basta de discusiones. Encarnación, vas a prestarme un gran servicio. Es necesario que expliques a Mangacha, así, con las mejores palabras, esa historia que hace de todo punto imposible su casamiento con Sandoval.

CASABAL.—Despacio, despacito. Tendríamos que pensar primero, con un poco de calma, si realmente eso es imposible...

LACAZE.—Parece, Casabal, que no te das exacta cuenta del caso. Cuando he dicho imposible, es que es imposible. **(A Encarnación).** Voy a mandarte a Mangacha. Sé prudente. **(Sale).**

ESCENA VIII

ENCARNACION, CASABAL; luego MANGACHA

(Encarnación va a sentarse en el sofá; Casabal pasea de arriba abajo pensativo).

ENCARNACION.—¿Y usted se queda?

CASABAL.—Me quedo.

ENCARNACION.—¿Se puede saber para qué?

CASABAL.—Para nada. Para ver. Para oír. Yo soy muy mal educado.

ENCARNACION.—¿Supongo que habrá entendido bien lo que dijo Luis?

CASABAL.—¿Qué dijo?

ENCARNACION.—Le dijo a usted que ese matrimonio es imposible. Me figuro que después de esto se guardará de intervenir, como suele hacerlo, en contra de su voluntad? **(Pausa. Casabal guarda silencio).** ¿Me ha oído?

CASABAL.—He oído. **(Sigue paseando).**

ENCARNACION.—Haga usted el favor de sentarse. Me marea con ese ir y venir. **(Casabal se sienta junto a la mesa, sobre la cual empieza a tamborilear con los dedos).** ¡Oh, y ahora con ese repiqueteo! ¿No puede usted quedarse quieto?

CASABAL.—No puedo. Tengo todo el cuerpo lleno de cosquillas. ¿Qué quiere que le haga? **(Un silencio. Al fin entra Mangacha).**

MANGACHA.—**(Dirigiéndose instintivamente a Casabal como buscando protección contra el peligro que presiente:)** ¿Dice papá que tienen que hablarme?

CASABAL.—**(Indicando a Encarnación con un gesto de la cabeza).** Tu tía.

ENCARNACION.—Acércate. Siéntate.

MANGACHA.—Estoy bien así.

ENCARNACION.—Siéntate; tenemos que hablar. **(Mangacha se sienta en un sillón, junto al sofá).**

MANGACHA.—Ya estoy sentada; hable usted tía.

ENCARNACION.—Hace un momento estuvo aquí el joven Sandoval. Para facilitar su enlace contigo, quiso averiguar el nombre de su padre. Ya lo sabe. Vino a decírnoslo. Se llama Roberto Blois.

MANGACHA.—¿Roberto Blois?

ENCARNACION.—El doctor Roberto Blois. ¿No has oído nunca ese

nombre? ¿No lo recuerdas?

MANGACHA.—No lo recuerdo. ¿Entonces...

ENCARNACION.—Entonces, verás. Hace diez o doce años,—tu eras pequeñita aún,—en esta casa pasó una cosa bien triste. Desinteligencias, riñas, desconfianzas, ¡qué se yo! separaron a los esposos. Tu madre tenía el genio un poco vivo, tenía también unas ideas un poco liberales, y tu padre, ya lo sabes, es un buen católico, pero entonces era un poco... ¿cómo diré?, un poco divertido. Total, que habiendo tenido un grave disgusto los esposos, Amelia pidió el divorcio. ¿No fué así, Casabal?

CASABAL.—Así fué.

ENCARNACION.—Lacaze pidió perdón a su esposa, la suplicó de todos modos: nada pudo hacerla cambiar de propósito. Quería divorciarse a todo trance y se buscó un abogado: Roberto Blois.

MANGACHA.—¡Ah, si! Roberto Blois... Era... no me acuerdo bien... era un hombre que vino... una noche.. papá estaba enojado... mamá lloraba.. tu me llevaste de allí...

ENCARNACION.—**(Que ha observado como el recuerdo resucita en Mangacha).** Ese Roberto Blois había sido novio de Amelia... **(Mangacha, como arrancada de su sueño, experimenta un extremecimiento y escucha con mayor atención).** ... antes que tu padre la conociera.

CASABAL.—Me parece que esos detalles son inútiles para Mangacha. Lo esencial ya lo ha dicho usted, Encarnación. ¿A qué mortificar a esa criatura? Hubo un juicio de divorcio entre los padres, bueno; Blois fué el defensor de la esposa contra el marido, bueno...

MANGACHA.—¿Y de ahí deriva ese odio contra el nombre de Blois? Era un abogado; hacía su oficio...

ENCARNACION.—¿Ve usted, Casabal, como hay que decirlo todo, por triste que sea? Pues bien, tu madre, defendida por su antiguo novio, perdió el pleito; los jueces no hicieron lugar al divorcio. Amelia tenía que volver al hogar conyugal; pero no volvió.

MANGACHA.—Había muerto. Ya lo sé.

ENCARNACION.—Eso te dijimos a tí, que eras pequeñita. **(Estupor de Mangacha; que ahora escucha con toda el alma).** Pero la verdad es que Amelia, mientras te educabas en Europa, vivió unos cuatro años aún, de un modo irregular...

CASABAL.—¡Encarnación!

MANGACHA.—¿Cómo? ¿Cómo? No he entendido.

ENCARNACION.—... con ese mismo Roberto Blois...

MANGACHA.—**(En pie, vibrante, casi en un sollozo).** ¡Falso! ¡Eso es falso! ¡Diga que es falso!

ENCARNACION.—Es la triste verdad, pobre niña...

MANGACHA.—**(Revolviéndose hacia Casabal, con un grito de rebelión y de pena).** Es una calumnia, ¿no es verdad? ¡Padrino! ¡Padrino de mi alma! Diga que mi madre no era así... Haga callar a esa mala mujer...

CASABAL.—**(Acogiendo en sus brazos a Mangacha. A Encarnación).** Lo que yo pregunto es si es justo, si es cristiano destrozarle el corazón a esta pobrecilla con esas historias que salpican de lodo a una muerta, nada más que para rechazarle un novio. Francamente, son ustedes más malos de lo que yo creía.

MANGACHA.—Luego es verdad... **(Se arroja llorando en una silla, junto a la mesa).**

ENCARNACION.—Mangacha ya no es una niña. Debe conocer los motivos que tiene su padre para oponerse a su casamiento con Sandoval. Por eso le he contado esa triste historia, que de otro modo hubiera continuado ignorando.

CASABAL.—Pues ya que se ha puesto a contar usted esa historia, y con tantos particulares contra la madre de esta niña, cuéntela también toda entera, sin omitir lo que no le conviene que se sepa.

ENCARNACION.—¿Qué quiere usted decir?

CASABAL.—Quiero decir que no toda la culpa fué de Amelia, sino en su mayor parte de usted y de ese mamarracho de Lacaze que empezó por engañarla con una de sus propias amigas para concluir golpeándola...

ENCARNACION.—¡Casabal! ¡Miente usted!

MANGACHA.—**(Poniéndose de pie, anhelante).** ¡Padrino!

CASABAL.—Yo no miento nunca!

ENCARNACION.—¡Le digo que miente!

CASABAL.—Y yo le digo que no miento nunca. Seré todo lo tarambana que usted quiera, seré un viejo perdulario, un solterón estúpido, un mamarracho; pero al pan, pan, y al vino, vino; y si no miento nunca, no es porque tenga que ir a confesarme, sino porque no me sale del corazón la mentira. Y así, **(dirigiéndose a Mangacha.)** puedes creerme, hija mía, sin necesidad que te lo jure, que no todas eran flores para tu madre en esta casa....

ENCARNACION.—¿Qué quiere usted decir con eso?

CASABAL.—Quiero decir, señora mía, que aquí llevó Amelia una vida infernal, contrariada en todos sus gustos por usted, perseguida por sus prejuicios de usted...

ENCARNACION.—¡Eso es falso!

CASABAL.—... sin ser dueña de sus acciones ni sus ideas, sin poder recibir a sus amigas...

ENCARNACION.—¡Le prohibo absolutamente....

CASABAL.—Usted no me prohibe nada... Yo puedo...

ENCARNACION.—¡Es usted un insolente!

CASABAL.—Si señora, soy un insolente; pero soy un insolente que dice la verdad... **(Aparece Lacaze).**

ESCENA IX

DICHOS y LACAZE

LACAZE.—¿Qué son estos gritos? ¿Qué significa este escándalo?

ENCARNACION.—Es tu amigo, tu mejor amigo, tu consejero, tu Dios, que le está contando a tu hija que Amelia vivía aquí en un infierno y que hizo bien en hacer lo que hizo.

CASABAL.—Yo no he dicho que hiciera bien; dije que la culpa no era de ella sola, sino de Lacaze también, y en gran parte de usted, Encarnación.

LACAZE.—Me parece, Casabal, que te metes demasiado en lo que no te importa...

CASABAL.—Me meto en lo que debo, porque al fin y al cabo considero a Mangacha tan hija mía como tuya...

LACAZE.—No sabes lo que dices...

ENCARNACION.—Dentro de poco va a resultar que el verdadero padre de Mangacha es Casabal...

CASABAL.—Ustedes saben bien lo que quiero decir. Por su bien mismo....

(Al mismo tiempo.)

LACAZE.—Mira, mejor es que te calles y no digas más disparates.

ENCARNACION.—Las pretenciones de este hombre son verdaderamente intolerables.

CASABAL.—... por el bien de ustedes es que les aconsejo que no hagan una tontería y una injusticia...

(Los tres hablan acalorados al mismo tiempo y no se entienden).

MANGACHA.—**(Adelantándose con ademán resuelto, marcada en el rostro la decisión que acaba de tomar).** Bueno, basta; basta de palabras inútiles ;basta de discusiones que nada tienen que hacer aquí. Ya sé todo lo que tenía que saber; lo que era mejor que no hubiera sabido nunca! ¿Para qué me han contado esas miserias y dolores? ¿Qué tengo que ver yo con todas esas historias?

LACAZE.—¿Cómo? Pero, ¿no comprendes que con tales antecedentes tu matrimonio son Sandoval es imposible?

MANGACHA.—Comprendo, papá, que tu tengas tus razones para no querer bien a ese señor Blois y hasta comprendo que no le perdones la ofensa que puede haberte inferido; pero me parece que si eres justo no puedes hacer responsable a su hijo de culpas y ofensas que no ha cometido...

LACAZE.—Hablas como una niña; no te dás cuenta del valor de ciertas sanciones morales del mundo en que vivimos.

MANGACHA.—Sí, la verdad, yo no sé cuál es la moral del mundo; pero creo que esa moral, si es buena y justa, no puede hacer responsable a nadie de los actos agenos.

ENCARNACION.—Estás hablando de lo que no entiendes.

LACAZE.—Hija mía, el deshonor no sólo recae sobre la persona que comete una mala acción, sino sobre toda su familia.

MANGACHA.—¡Oh, papá! Tú que eres bueno e inteligente no puedes decir eso. ¿Entonces la hija de una mala mujer, por buena y honrada que sea, está condenada a ser una perdida? ¿El hijo de un ladrón o de un asesino tiene que ser por fuerza asesino o ladrón? ¡No, no puede ser! Todos los días vemos que de padres honrados salen hijos que son malas personas, y al revés, que de padres cachafaces salen hijos buenos y trabajadores.

LACAZE.—Pero no es de eso de lo que se trata, muchacha. Ya sabemos que un criminal puede tener un hijo honesto. Lo que yo te digo es que el deshonor, como el barro, no sólo mancha al que cae en él, sino que salpica a todos los que están cerca.

MANGACHA.—Es que verás, papa; cuando nadie conocía al padre de Sandoval, éste era una buena persona...

LACAZE.—Es inútil que prosigas...

MANGACHA.—... y ahora que le conocemos, sin haber él dejado de ser quien es, es una mala persona.

LACAZE.—Es inútil que te canses. El asunto está resuelto...

MANGACHA.—No, papá, escúchame...

LACAZE.—¡Basta, Mangacha!

MANGACHA.—Escúchame...

LACAZE.—¡Basta!

MANGACHA.—Pero no es posible que no te dés cuenta...

LACAZE.—**(Cansado, con severidad).** ¡Cállate, he dicho! ¡No tienes que discutir mis órdenes! Ya he dado mi última palabra y no volveré sobre ella. Ese matrimonio no se hará.

MANGACHA.—**(Irguiéndose, rebelde, con una decisión seca).** Pues bien, yo te digo, papá, que me casaré con Sandoval.

LACAZE.—**(Queda un segundo estupefacto; pero enseguida estalla).** ¿Qué has dicho, desgraciada? ¿Qué es lo que has dicho? A ver, atrévete a repetirlo.

MANGACHA.—Digo, papá, que si no tienes otra razón que oponerme, me casaré...

ENCARNACION.—¡Jesús, que descaro!

LACAZE.—**(Dirigiéndose hacia Mangacha con la mano en alto).** ¡Yo te voy a dar, insolente!

CASABAL.—**(Deteniéndole).** ¿Qué haces, Luis?

LACAZE.—**(Debatiéndose con él).** Déjame castigar a esta atrevida.

CASABAL.—**(Sujetándolo siempre).** Calma por favor...

LACAZE.—**(Contenido por Casabal).** ¡Sin vergüenza! ¡Mala hija! ¿Ese es el pago de todos los sacrificios que he hecho por tí? ¿Ese es el amor y el respeto que guardas a tu padre?**(A Casabal, que hace lo que le pide).** Suelta. **(a Mangacha).** ¿Para eso me he afligido por tí, te he mimado como a las niñas de mis ojos, me he adelantado a todos tus gustos? Eres una perversa; una desagradecida.

CASABAL.—Vamos, Mangacha. Hay que respetar la voluntad de tu padre. Hace poco tiempo que conoces a ese muchacho, no puedes preferirlo a tu padre...

MANGACHA.—Yo no le prefiero; lo quiero de otro modo. Es otra cosa.

CASABAL.—Vaya, un buen movimiento; aunque te duela mucho, aunque te cueste...

MANGACHA.—No puedo, padrino... Si me pidieras la vida para salvar el honor o la vida de papá, te la daría; pero aquí no hay una razón para hacerme desgraciada, es absurdo el motivo que se me dá...

CASABAL.—Dentro de algún tiempo no te acordarás de él...

MANGACHA.—**(Terca).** No, no, no, no...

ENCARNACION.—Eres una mala hija, serás una mala mujer... No

tienes corazón ni sentimientos...

MANGACHA.—No he tenido una madre a mi lado que me enseñara a tenerlos.

LACAZE.—**(En el colmo de la exasperación).** ¡Ah! ¡Al fin y al cabo! **(Saltando sobre ella y arrojándola en tierra).** ¡De rodillas, de rodillas y pide perdón!

(Al mismo tiempo, Casabal y Encarnación).

CASABAL.—Vamos, Luis; déjala... déjala, Luis, por favor...

ENCARNACION.—Pídele perdón a tu padre, Mangacha.

MANGACHA.—**(Libertada, se pone en pie, con una calma desconcertante).** Te pido perdón, papá, por haberte hecho enojar; pero no tienes razón al tratarme así.

LACAZE.—**(Sin escucharla más).** ¡Quítate de mi vista! **(Mutis silencioso de Mangacha, que cruza la escena de un extremo a otro).**

TELON

ACTO TERCERO

(Es de noche).

ESCENA PRIMERA

MANGACHA y LUCIA

MANGACHA.—**(Entra sigilosamente por una de las puertas laterales, mira alrededor, y, convencida de que no hay nadie, se dirige a la del foro, por la que se oye el canto de la criada; llamando con voz contenida:)** ¡Chist! ¡Chist!... ¡Lucía, Lucía!... Ven pronto!

LUCIA.—**(Que ha cesado de cantar bruscamente, desde el segundo llamado, llega por el foro:)** ¿Qué hay señorita?

MANGACHA.—**(Apresuradamente, en voz baja).** Toma esta carta... escóndela. **(Así lo hace la criada).** Cuando te sea posible, en cualquier momento, llévala a Sandoval. Lo hallarás en la esquina de la calle... Que te dé la contestación de palabra: si o nó,—porque al volver si advierten tu ausencia, podrían revisarte.

LUCIA.—Está bien señorita. **(Mutis).**

ESCENA II

MANGACHA y ENCARNACION

ENCARNACION.—**(Apenas ha salido Lucía, entra por la misma puerta que Mangacha y observa inquisitoriamente alrededor).** ¿No está Lucía por aquí?

MANGACHA.—La he oído andar por ahí fuera. Creo que está limpiando en el vestíbulo.

ENCARNACION.—Como estaba cantando y de pronto cesó de cantar...

MANGACHA.—Estará juntando fuerzas para empezar otra vez...

ENCARNACION.—**(La mira un instante y luego va a la puerta del foro).** ¡Lucía! ¡Lucía! Vaya para adentro. Ya le he dicho que usted no tiene nada que hacer ahí. Ese trabajo y la puerta de la calle le corresponden a Inés. **(Se ve cruzar por el foro a la criada).** Y tú, Mangacha, ¿has dejado solas a doña María y Sara?

MANGACHA.—No las he dejado solas puesto que estaban con usted. Más bien es usted quien las ha dejado para seguirme a mí.

ENCARNACION.—Está bien, ya veo que tienes respuesta para todo. Nunca cederás la última palabra.

MANGACHA.—Nunca cederé en nada, teniendo razón.

ENCARNACION.—Sí, ya sabemos que eres muy terca; pero a otras más

tercas que tú se les ha puesto en vereda.

MANGACHA.—Es posible.

ENCARNACION.—A tu misma madre Amelia...

MANGACHA.—Deje a mi madre en paz, que está muetra...

ENCARNACION.—Eso no obsta a que se la recuerde como un ejemplo...

MANGACHA.—Le digo a usted que deje a mi madre ne paz.

ENCARNACION.—¿Cómo es eso? ¿Te atreves...

MANGACHA.—Me atrevo a decirle que respete una pobre muerta.

ENCARNACION.—**(Violenta).** ¡Soy yo la que te mando que te calles la boca!

MANGACHA.—Me callaré, siempre que usted no me ofenda con sus palabras. **(Entra Lacaze. Un momento de silencio. Ante el continente adusto de su padre, Mangacha se retira. Encarnación, que ha estado conteniéndose, murmura para sí, con ira reconcentrada, su parlamento).**

ENCARNACION.—¡Des... fachatada!

ESCENA III

ENCARNACION y LACAZE

LACAZE.—**(Sombrío).** ¿Qué hay? ¿Qué dice Mangacha?

ENCARNACION.—Nada. Cosas desagradables, como siempre. Si te dá malas respuestas a tí, ¿qué extraño es que se insolente conmigo?

LACAZE.—Pero, en fin, concretando...

ENCARNACION.—Está agriada, y no lo disimula, porque la vigilo. Ese fué el orígen de la discusión. Pero, déjala no más; ya la someteremos; ya quebraremos ese carácter de piedra.

LACAZE.—Hay que evitar que se vea o que se escriba con Sandoval.

ENCARNACION.—Descuida; he tomado mis precausiones. Solo Inés tiene orden de atender la puerta de calle. A Lucía le he prohibido que salga para nada. Y a ella no la pierdo yo de vista. Ya vés.

LACAZE.—**(Consultando el reloj).** Las ocho: Ya debieran estar aquí el Padre Luis y Moreno.—¿Doña María?

ENCARNACION.—Ahí dentro está. Voy a hacerlas pasar aquí. Sarita se quedará allá dentro con Mangacha mientras celebramos la conferencia.

LACAZE.—¿Sospecha algo Mangacha?

ENCARNACION.—No me parece. Está enconada, pero porque no puede asomarse al balcón.

LACAZE.—Su tranquilidad me hace sospechar que se cartea con Sandoval.

ENCARNACION.—Esa tranquilidad es porque no sabe la que le espera. Hay que encerrarla en un convento, Luis, como dice Moreno.

LACAZE.—No habrá otro remedio. ¡Qué criatura, Señor! ¿Quién iba a decirme, después de todo lo que he hecho por ella, que me pagaría de este modo?

ENCARNACION.—**(Dirigiéndose a las habitaciones interiores:)** Precisamente, porque la criaste tan consentida, es que ahora recoges esos frutos. Me hubieras hecho caso a mí, y otro gallo nos cantara. **(Mutis).**

LACAZE.—**(Se sienta, meditabundo. Luego, restregándose el brazo:)** Caramba con este hormigueo!....

ESCENA IV

LACAZE. MORENO el P. LUIS; casi enseguida, ENCARNACION y D. MARIA

MORENO.—**(Desde la puerta).** Aquí tenemos a nuestro hombre. Pase usted, Padre.

P. LUIS.—Muy buenas noches, doctor Lacaze.

LACAZE.—**(En pie).** Adelante, Padre. Adelante, Moreno.

P. LUIS.—¿Cómo está la familia? **(Viendo entrar a Encarnación y doña María).** ¡Ah! Aquí tenemos a nuestras buenas amigas. **(Saludos, juego de escena).**

ENCARNACION.—Tenga usted muy buenas noches, Padre.

Doña MARIA.—Que alegría verle a usted por aquí, Padre.

LACAZE.—Vamos, sentarse, señores.

MORENO.—Eso, eso. Sentarse, que la sesión puede ser larga.

Doña MARIA.—Aquí, Padre.

P. LUIS.—No se molesten, por favor. **(Se van sentando).**

LACAZE.—Ya estamos aquí todos. Es decir, menos Casabal.

ENCARNACION.—No veo que haga mucha falta Casabal. Por mí, no le hubiera invitado a una reunión de personas serias.

LACAZE.—Sin embargo, Encarna, he juzgado necesaria su presencia. En esta especie de consejo de familia que vamos a celebrar, quisiera oír todas las opiniones.

ENCARNACION.—Oír opiniones, está bien; pero, no chistes y gracias de dudoso buen gusto.

LACAZE.—Permíteme, Encarna. Es muy grave el momento para mí y quiero aoptar una resolución serenamente, después de oír a todos.

P. LUIS.—Tiene usted razón, doctor. Hay que oír todas las razones para poder resolver en justicia.

ENCARNACION.—Pero, ¿usted cree, Padre, que Casabal puede decir algo con fundamento?

P. LUIS.—Los más legos y los más extraviados suelen decir, a veces, la palabra necesaria.

MORENO.—Bien dicho. Esto es hablar.

ENCARNACION.—Será como usted dice, Padre, que usted, en todo, sabe más que yo. Pero, el caso es que se nos pasa la hora...

LACAZE.—Esperemos un momentito, y si no viene...

ENCARNACION.—Perderemos el momentito. A lo mejor, Casabal se ha olvidado de tu invitación y andará por ahí corriendo las calles.

Doña MARIA.—Eso es verdad. Mi hermano es un tarambana.

ENCARNACION.—Ya verán ustedes que no viene Casabal.

CASABAL.—**(En la puerta).** Aquí está Casabal. ¿Quién dice que no viene? Mi irreconciliable enemiga, muy buenas noches. Señores soy servidor de ustedes. **(a Lacaze).** ¿Que tal mamarracho?

ESCENA V

DICHOS y CASABAL

Doña MARIA.—Retrasado, como siempre.

ENCARNACION.—Haciéndose esperar, como persona importante.

CASABAL.—Pido mil perdones; pero la culpa fué del tranvía. En cada bocacalle, una parada. Mujeres que suben; mujeres que bajan. Las mujeres no sirven más que para hacernos perder el tiempo.

ENCARNACION.—Ahora es usted quien nos lo hace perder a nosotros.

CASABAL.—No me parece. Desde que he entrado yo, ya hay mayor alegría aquí. Vean la cara del amigo Moreno; vean la de mi espiritual hermana; vean la de mi señora doña Encarnación...

ENCARNACION.—Yo no soy su señora, Casabal; en ningún sentido.

CASABAL.—Eso se pierde usted, amiga mía. **(Sacudiendo, irónico, la cabeza.)** ¡Porque si usted fuera mi señora!...

LACAZE.—Bueno, basta de chanzas... Vamos a conversar seriamente.

ENCARNACION.—Espera, Luis. Voy a cerrar bien las puertas. **(Va a hacerlo).**

CASABAL.—Eso es; con las puertas cerradas las personas tienen más talento.

MORENO.—Pero, ¡hombre! Dice usted unas cosas...

CASABAL.—¿Qué no se le ocurrirían a usted, verdad?

ENCARNACION.—**(Viniendo a sentarse).** Que no se le ocurren a ninguna persona seria. Vamos, Luis...

CASABAL.—**(Se sienta algo aparte de los demás y durante toda la escena, hasta su intervención, permanecerá como ajeno a ella).**

LACAZE.—Amigos míos... Los he reunido a ustedes, porque deseo oír la palabra de cada uno a fin de iluminar mi espíritu en el trance en que me hallo. Ya saben ustedes como he querido, como he educado a mi hija. Ya conocen también la dolorosa historia de mi hogar. No tengo porque repetirla. **(Un silencio).** Pues bien; entanto que yo abrigaba la esperanza de que Mangacha sería una hija obediente y cariñosa, y que haría, algún día un casa-

miento que nos satisfaciera y contentara a mi hermana y a mí,—he ahí que da en enamorarse de mi ex-secretario, el joven Sandoval. **(Otra pausa).** Yo me he opuesto a esos amoríos; yo he tratado de disuadir a Mangacha de su veleidad, haciéndole saber que el joven Sandoval es hijo natural del doctor Blois... del hombre que trajo la deshonra a esta casa. **(Pausa).** Todo ha sido en vano. Con una rebeldía, con una... ¿cómo diré?...

ENCARNACION.—Con una insolencia sin nombre.

LACAZE.—Déjame, Encarna. Con una temeridad que nunca hubiera imaginado en ella me replicó que a pesar de todo estaba dispuesta a casarse con Sandoval. **(Pausa).** Ya ven ustedes. Ese es el caso. ¿Qué actitud debo adoptar en el conflicto? Tienen ustedes la palabra, amigos míos.

(Un momento de grave silencio. Toses. El P. Luis no despega sus ojos de la alfombra. Doña María se remueve en su silla. Moreno se da palmaditas en el muslo. Encarnación observa a todos, muy grave. Casabal parece estar en el limbo).

MORENO.—**(Decidiéndose a romper el silencio).** ¿Nadie habla? Hablaré yo,—el más humilde, el más ignorante. Y perdónenme si desbarro en algo, que es de humanos el errar. Pero, diré mi sentir con toda lealtad. **(Pausa).**

LACAZE.—Hable usted, Moreno.

MORENO.—Para mí, todo se reconcentra en esto: la desobediencia de Mangacha a la autoridad paterna. No me importa ni me preocupa el joven Sandoval. Sea él o cualquier otro, una hija debe atender el consejo de su padre. Un padre mira siempre por el bien de su prole. No puede desear su mal. Si se opone, pues, a sus deseos, por algo será. Su palabra no puede ser discutida.

ENCARNACION.—¡Muy bien dicho!

Doña MARIA.—Eso es una razón.

MORENO.—Gracias. Prosigo: quien no honra a padre y madre, como manda la doctrina, falta a un mandamiento de la ley de Dios. Es un mal hijo y un mal cristiano. Perdónenme ustedes, amigos míos, pero digo lo que pienso; no quiero ofender a Mangacha.

LACAZE.—Siga, Moreno. Conocemos sus sentimientos.

MORENO.—Gracias. Así, por ese camino de la desobediencia es como se van destruyendo los hogares y como se prepara el desquicio de la sociedad. **(Pausa).** Lo primero de todo, pues, es hacerle comprender a la niña que quien manda en ella no es ella ni el mocito ese, sinó su padre, el doctor Lacaze. Y si no lo comprende a derechas, a la fuerza, encerrándola en un convento, hasta que se le aplome el juicio. He dicho.

ENCARNACION.—Ha hablado usted como un libro. Moreno.

MORENO.—**(Inclinándose).** He expresado mi humilde parecer, amiga, mía.

Doña MARIA.—¿No habla usted, Padre?

P. LUIS.—Después... Después...

Doña MARIA.—Entonces diré yo mi parecer. Yo encuentro que Sandoval no puede pretender a la mano de Mangacha porque no es del mismo mundo que ella. ¡Un hijo natural! ¡Un hijo de nadie, casándose con una hija de familia! ¡Qué horror!

ENCARNACION.—Justamente. Un hijo natural, y, por añadidura, un hijo natural que al ir a averiguar el nombre del que le dió el ser, se encuentra con el nombre del doctorcillo Roberto Blois.

MORENO.—Cuya historia ya conocemos.

Doña MARIA.—El causante de todos los disgustos de esta casa. **(Pausa).**

LACAZE.—Vamos a ver, Padre...

P. LUIS.—Después de todo lo que se ha dicho, con tanta ponderación como medida, poco me resta a mí para decir. Sin embargo, diré ese poco, porque es de importancia. El señor Sandoval, según tengo oído, es socialista o anarquista. Quiere decir que es un enemigo de nuestra religión. Y yo me pregunto entonces: ¿es posible que un buen padre, como nuestro amigo el doctor Lacaze, un padre cristiano, respetuoso de nuestra fe y nuestra iglesia, entregue su hija a un hombre que no cree en Dios y que combate nuestra

religión? **(Signos de aprobación).** ¡Vamos! Yo no creo que haya quien defienda tesis tan absurda. Los padres tienen cura de almas; no sólo deben vigilar por la salvación propia, sinó por la de sus hijos. Y es, con toda certeza, hacerse cómplice del enemigo, entregarle uno de nuestros corderillos para que corrompa su alma y la arroje a los fuegos del infierno. Ese es mi modesto parecer.

Doña MARIA.—¡Bravo! ¡Muy bien!

ENCARNACION.—Es el propio Evangelio.

MORENO.—Eso no tiene levante.

(Después de esta explosión de entusiasmo, un silencio).

LACAZE.—Tu no has hablado, Casabal. ¿Qué dices?

CASABAL.—**(Saliendo de su mutismo; con seriedad):** Nada, amigo mío; ¿qué quieres que diga? He oído las opiniones de ustedes, que respeto, pero que no me han convencido. Las mías, probablemente, no les convencerán a ustedes. Entonces, ¿a qué perder tiempo?

LACAZE.—Sin embargo, ¿tú opinión?...

CASABAL.—Mi opinión... mi opinión... Mi opinión, es que en este consejo de familia yo estoy demás.

ENCARNACION.—Esa es la mía también.

CASABAL.—**(La mira, pero no le contesta).** Pensamos y sentimos de un modo tan diametralmente opuesto que no parecemos personas del mismo mundo.

ENCARNACION.—Casabal pertenece ya al otro mundo. **(Irónica).**

CASABAL.—Mire, señora, no me tire de la lengua, porque se le va a aparecer un difunto.

LACAZE.—Habla, Casabal. Quiero oir el consejo de todos,—piensen o no de acuerdo a mis sentimientos.

CASABAL.—No insistas. Ya sé por adelantado....

ENCARNACION.—**(Que está muy satisfecha con los discursos de los otros)**... que no podrá destruir lo que aquí se ha argumentado.

CASABAL.—Señora... ¡Hágame el favor!

LACAZE.—Como gustes; pero la verdad es que debías...

ENCARNACION.—Vamos, Luis, no insistas...

P. LUIS.—Es de lamentar que el señor Casabal, aunque no piense como nosotros...

ENCARNACION.—Padre! ¡Por Dios! Para oir tonterías...

CASABAL.—**(Acalorándose un tanto:)** ¿Tonterías?

ENCARNACION.—Tonterías he dicho.

CASABAL.—¿No quiere usted oir tonterías?

ENUCARNACION.—¡Dios me libre!

CASABAL.—¿No quiere?

ENCARNACION.—¡No!

CASABAL.—Pues le juro que no va a oirlas. ¡Pero, en cambio, voy a decirle un puñado de verdades!

ENCARNACION.—Mejor es que se vaya.

CASABAL.—No señora, me quedo, y me quedo para que usted tenga el gusto de oir al hombre que viene del otro mundo. Bueno, pues. Aquí, todo eso de los hijos naturales y de los corderillos que se lleva Lúcifer, son palabras y palabras. Aquí todo ese asunto del doctor Blois es una mala razón de los que no tienen razón.

MORENO.—¡Hombre! ¡Casabal!

P. LUIS.—Permítame un momento...

Doña MARIA.—Ya empezaste a desbarrar.

CASABAL.—Yo no he interrumpido a nadie. Tengan paciencia. Usted, Moreno, ha dicho que Mangacha no debe casarse con Sandoval porque los hijos no deben desobedecer a sus padres. Conformes: los hijos no deben desobedecer a sus padres; pero, los padres tampoco deben imponer a los hijos soluciones arbitrarias, ni hacerles víctimas de sus odios, ni convertirlos en responsables de sus pasiones. Que se dé una razón valedera para demostrar que Sandoval no es digno de Mangacha, y Mangacha obedecerá.

¿Es un ladrón, es un asesino, es idiota, jugador o borracho? ¡No! — "Es un hijo natural", — dice mi señora hermana doña María. (Encarándose con ésta): ¿Y qué te figuras tú que es un hijo natural? ¿te crees que los hijos legítimos son mejores o peores? ¡Igualitos, mujer de Dios; son igualitos, y ninguno, ni los legítimos ni los naturales, tienen culpa alguna de haber venido al mundo. ¡El ser humano es bueno o malo por sí, por sus actos, no por los actos y culpas de los otros. ¿Qué culpa tiene esa mísera criatura de que sus padres, en un rapto de locura amorosa, arrebatados por la ley del instinto se hayan olvidado de la ley humana? ¿No es una infamia hacer responsable a un hijo de una vida que él no pidió? ¿Qué moral es esa que condena a una criatura porque sus progenitores se dieron un beso respondiendo a una ley de la vida?

(Todos a un mismo tiempo).

ENCARNACION.—¡Esas son doctrinas corruptoras!

P. LUIS.—¡Son ideas subversivas!

Doña MARIA.—¡Qué modo de disparatar!

MORENO.—¡Haga el favor de callarse!

CASABAL.—¡Déjenme hablar. Yo los he oído a ustedes. ¡Déjenme hablar!

(Los 3 a un mismo tiempo)

ENCARNARCION.—¡Si creerá que con eso nos convence!

MORENO.—¡Eso es querer componer el mundo!

Doña MARIA.—¡Está loco! ¡Loco de atar!

LACAZE.—Un momento. Un momento. Continúa, Casabal.

CASABAL.—¿Que Sandoval es anarquista? ¿que como tal combate nuestras ideas? Yo no sé nada, ni me importa: sé que es un muchacho honrado y trabajador, y eso me basta. Todos, en la vida, tenemos nuestras ideas y peleamos por ellas. Usted, padre Luis, combate por su Igelsia, ¿y es por eso una mala persona?

P. LUIS.—¡Es distinto!

ENCARNACION.—El P. Luis defiende la verdad; el otro, el error.

CASABAL.—¿Quién lo dice? Usted, que es católica; pero un liberal o un socialista, dirían al revés. ¿Y quién está en lo cierto? ¿quién puede tener la temeridad de decir: "yo posee la verdad; los demás están en un error"?

MORENO.—La mayoría piensa como nosotros.

CASABAL.—¿Ha hecho usted el censo del mundo? ¿cuántos habitantes tiene el mundo?

MORENO.—¿Tendrá doscientos o trescientos millones?

CASABAL.—Cuatrocientos millones sólo tiene la China, y no piensan como usted. ¿Sabe usted cuántos cristianos hay en el mundo?

MORENO.—¡Déjeme en paz!

CASABAL.—Trescientos millones, contando los protestantes y los de la iglesia griega. Ahora, como eso es la cuarta parte de la población del globo, póngase bien en la cabeza, amigo Moreno, que la mayoría la constituyen los budistas, los mahometanos, los brahmánicos, los...

P. LUIS.—Estamos fuera de la cuestión.

ENCARNACION.—Usted puede decir lo que quiera.

CASABAL.—Yo contesto a las objeciones que se me hacen.

LACAZE.—No has contestado a lo principal.

CASABAL.—¿Cuál es?

LACAZE.—Sandoval es el hijo de Blois. ¡Es el hijo del hombre que me ha afrentado, del que me abofeteó con un juicio de divorcio, del que vivió con la madre de Mangacha! ¡Sandoval es la sangre de mi enemigo!

CASABAL.—(Más alto, con una gran entereza). ¡Es la sangre de una pobre mujer engañada, de una náufraga del amor, de una madre infeliz que nada le debe a Blois como no sea su traición y su abandono! ¿Qué le debe Sandoval a Blois?

LACAZE.—¡La vida!

CASABAL.—¡La vida! ¡Un segundo de placer, una casualidad!

LACAZE.—Pero ese segundo, lo ha hecho su padre.

CASABAL.—¡Mentira! ¡No es nuestro padre el que nos lanza al mundo, y abandona cobardemente a la madre y no tiene el valor de darnos el apellido!

LACAZE.—¡Es el hijo de Blois!

CASABAL.—Es el hijo de quien lo ha criado, de quien ha sufrido y ha llorado por él, de quien lo protegió en la miseria y la orfandad, de quien lo ha hecho un hombre!

LACAZE.—¡Es el hijo de mi más grande enemigo! ¡Todavía mana sangre de mi corazón!

CASABAL.—Pues castiga a Blois; pero no a su hijo. ¿Qué culpa tiene Sandoval de los odios y afrentas que a ustedes dos los arrebataron cuando él no había nacido todavía?

LACAZE.—Es el heredero de Blois.

CASABAL.—¡El heredero de sus culpas, pero no de su fortuna!

LACAZE.—Ya sabes lo que quiero decir: el heredero de su vida, de su sangre, de su aliento. Es la continuación de él en la vida; su imagen, su recuerdo; es su representante, su esencia, su otro yo...

CASABAL.—Pero, entonces, ¡con mil demonios!, entonces, si debieran los hijos ser solidarios del odio y de las faltas de sus antecesores, todos los seres humanos, ¿me entiendes bien?, absolutamente todos, deberíamos destrozarnos y perseguirnos los unos a los otros! ¿quién no tiene en la línea de sus antecesores, un abuelo, un tatarabuelo, un antecesor remoto que no haya sufrido un agravio, una afrenta o una injusticia de otro hombre? ¿quién no tendría que vengar alguna ofensa tradicional? En esta vida cruel, que es una perpetua lucha de ambiciones, de rivalidades, de apetitos, el hombre combate contra el hombre, se hace daño, se injuria, se suplanta, — conque ¡calcula! ¡Si pudiéramos remontarnos hasta nuestros desconocidos antecesores, hallaríamos quién sabe qué montañas de venganzas que recoger!

LACAZE.—¡Bueno, basta! ¡No me convencerás nunca!

TODOS.—**(A la vez).** ¡Naturalmente! ¡Si dice unas cosas! — Parece que no viviera en la tierra! — Yo no sé de dónde saca esas ideas estrafalarias. — ¡No se puede discutir así!

CASABAL.—¡Sigan, sigan dando vueltas a la noria! ¡Sigan por el atajo como los carneros de Panurgo! ¡Yo soy un hombre! ¡Yo pienso por cuenta propia!

P. LUIS.—Bueno, señores; yo me marcho a mi casita.

MORENO.—Le acompaño a Vd., Padre.

ENCARNACION.—¿Y bien? ¿El resultado de todo esto?

LACAZE.—El resultado es que cumpliré con mi deber de padre. Internaré a Mangacha, desde mañana mismo, en un convento, hasta su mayoría de edad.

MORENO.—El tiempo se encargará de aventarle ese amorcillo a los jóvenes.

P. LUIS.—Así será con la ayuda de Dios. ¿Vamos?

MORENO.—Vamos.

Doña MARIA.—Yo también me marcho. **(A Encarnación).** ¿Quiere hacerme el favor de hacer venir a Sarita?

ENCARNACION.—Enseguida. **(Va hacia la lateral y llama).**

(Entretanto, se despiden el P. Luis y Moreno. Lacaze los acompaña. Entran Sara y Mangacha).

ESCENA VI

CASABAL, ENCARNACION, Doña MARIA, SARA y MANGACHA.

SARA.—¿Nos vamos, mamá?

Doña MARIA.—Sí, es tarde ya. Despídete.

ENCARNACION.—¿No desean tomar alguna cosa?

Doña MARIA.—Gracias. Otra vez será. Ahora, tenemos un buen trecho para llegar a casita. ¿Nos acompañas, tú? **(A Casabal).**

CASABAL.—Bueno. Mañana he de madrugar.

ENCARNACION.—Esa es la ventaja de acostarse temprano.

CASABAL.—Esa es la ventaja de tener un vecino que toca el trombón. Todas las mañanas, antes de irse a su empleo, ya está el hombre sopla que

sopla. ¡No caerle un asma!

DOÑA MARIA.—No desees a tu prójimo lo que no quieras para tí.

CASABAL.—Se conoce que no te tocan a ti el trombón a las seis de la mañana.

(Entretanto, salen Da. María y Sara, a las que acompaña Encarnación. Casabal se ha quedado atrás, poniéndose el abrigo).

ESCENA VII

CASABAL y MANGACHA sólo un instante. LUCIA.

MANGACHA.—**(A penas han salido los otros, con angustia).** Padrino, padrino de mi alma, ayúdame a convencer a papá...

CASABAL.—En eso ando, hija mía. Ya vés, hasta tuve que sacarme el sobretodo. ¡Ah, gran flauta! ¡Qué gente!

MANGACHA.—¿Qué dijeron en esta reunión?

CASABAL.—¡Qué sé yo! ¡Más tonterías que un almanaque! En fin, hay que tener paciencia, ahijadita, y saber esperar...

LUCIA.—**(Desde la puerta).** Señorita...

CASABAL.—Vaya, me voy.

MANGACHA.—Un momentito, por favor. **(Va hacia Lucía, en voz baja):** ¿Qué hay?

LUCIA.—Dice que está bien.

MANGACHA.—¿Cuándo lo viste?

LUCIA.—Hace rato ya; cuando estaban todos encerrados aquí.

MANGACHA.—Bueno. **(Entrase Lucía. Mangacha vuelve hacia Casabal).**

CASABAL.—¿Secretitos? Hay que tener juicio, Mangacha. Hay que obedecer a tu padre. Una niña buena, educada, como tú, debe ser respetuosa y sumisa: así deberás enseñar a tus hijos, hoy o mañana. Y así es como todos somos buenos y constituímos hogares felices. ¿Que ahora no nos salen bien las cosas? Paciencia. El tiempo todo lo purifica y corrige. El que sabe esperar y tiene juicio, a la larga o a la corta ve premiados sus afanes. Pero, sobre todo, recuerda bien esto: en el seno de la familia, los jóvenes deben respeto a sus parientes; fuera de casa, a todo el mundo; y en la soledad, a sí mismos.

(Encarnación ha aparecido a tiempo para oír la última frase).

ESCENA VIII

DICHOS, ENCARNACION

ENCARNACION.—Es la primera vez que habla usted como un libro.

CASABAL.—¡Qué sabe usted de libros, si no ha leído más que su libro de misa!

ENCARNACION.—Vea que lo están esperando misia María y Sarita.

CASABAL.—Me voy, me voy. Hasta mañana, ahijadita. **(A Encarnación):** Buenas noches, hermana tornera. **(Mutis).**

ESCENA IX

ENCARNACION, MANGACHA. Luego LACAZE

ENCARNACION.—¿Por qué no acompañaste a Sarita?

MANGACHA.—Como me está prohibido acercarme a la puerta de calle..

ENCARNACION.—Basta de majaderías, Mangacha.

MANGACHA.—¿Cree usted que no me he dado cuenta de la vigilancia de que me rodea? ¡Ay, pobre tía! Se está tomando un trabajo bien inútil. Si quisiera, no digo escribir, sino escaparme, ¿se figura que tendría mucho trabajo? Mire, la puerta de calle, aun cerrada con llave, se abre cuando se quiere: no hay más que correr los pasadores de las dos hojas y ya está. Si no me he ido, es porque no he querido.

ENCARNACION.—¡Bonita quedaría tu reputación si dieras un paso semejante! Y todo, ¿para qué? Para que te hiciéramos traer a casa al día siguiente entre dos guardias civiles.

MANGACHA.—¿Ah, sí? ¿Usted cree, tía, que papá me recibiría después de ese campanazo?

ENCARNACION.—¡Lo que yo creo es que te mataría! — Pero, dejémonos de zonceras. Hoy nos hemos ocupado de tí con Moreno y...

MANGACHA.—¡Ah! ¿Ahora los extraños se ocupan de mí?

ENCARNACION.—Podrías hablar con más respeto de esos amigos que siempre serán para nosotros menos extraños que otros que no sabemos de dónde vienen. Decía, pues, que nos ocupamos de ti. Mañana debes entrar en el Sagrado Colegio.

MANGACHA.—¡Ah!

ENCARNACION.—Hasta que practiques lo que te decía Casabal y olvides a ese perdulario.

MANGACHA.—¿Y si no lo olvido al perdulario?

ENCARNACION.—Entonces te harás vieja en el convento.

MANGACHA.—Está bien. ¿No tiene nada más que comunicarme?

ENCARNACION.—Nada más.

(Entra Lacaze y se dirige a su habitación).

MANGACHA.—Papá, ¿me permites una palabra?

LACAZE.—Habla. ¿Qué quieres?

MANGACHA.—Me acaba de decir tía Encarnación que mañana debo entrar en el Sagrado Colegio.

LACAZE.—Como pupila interna. ¿Qué hay con eso?

MANGACHA.—Papá, yo te ruego que reflexiones...

LACAZE.—Está todo reflexionado.

MANGACHA.—Yo te suplico que tengas compasión de mí. Yo no he hecho nada que merezca ese castigo.

ENCARNACION.—No es un castigo entrar en una casa de Dios.

LACAZE.—Has contrariado mi voluntad, me has desobedecido y me has faltado al respeto. ¿Te parece poco?

MANGACHA.—Escúchame, papá; escúchame con calma. No te enojes; yo no te digo las cosas para hacerte enojar, sino para convencerte. Oyeme bien y después me contestas. Pero, no te enojes; yo no quiero ofenderte.

LACAZE.—Habla.

MANGACHA.—Yo te pido perdón si te he hecho enojar... Si te he faltado es porque estaba loca, desesperada... No sabía lo que decía... ¡Lo quiero tanto a Sandoval! y, ya ves, la sola idea de perderlo, me puso así...

ENCARNACION.—Esto te enseñará a dominar el carácter.

MANGACHA.—**(Sin oirla)**. Yo lo quiero a Sandoval; yo lo quiero como tú no te imaginas; yo sufriría horriblemente si me separaras de él... ¡yo creo que me moriría! Y entonces, papá, tú que me quieres, tú que nunca has deseado verme desgraciada, ¿por qué ahora vas a destrozarme el corazón? **(Gesto de Lacaze. — Suplicante)**: Déjame hablar... ¿Por qué separarme de él? ¿Por esos agravios de que él no es culpable? ¡Ah, no! No me digas, papá, que eso es justo. ¡Tú mismo, desde niña me has enseñado las palabras de tu credo, las palabras más hermosas de tu religión: aquellas que enseñan el amor del prójimo y el perdón de las ofensas recibidas.

ENCARNACION.—Me parece, Luis, que todo eso son declamaciones...

MANGACHA.—Yo te suplico, papá; reflexiona, no me hagas desgraciada...

LACAZE.—No puedo, Mangacha. Es más fuerte que yo.

MANGACHA.—Nos pondremos los dos a quererte. El, que es muy bueno, te querrá como a un verdadero padre.

LACAZE.—Es inútil que insistas. Con cualquier otro hombre, sin nombre, sin fortuna, no importa...

MANGACHA.—Pero, es a él a quien yo quiero...

LACAZE.—Eres muy joven. Todo pasa, todo se olvida. Andando los años, tu misma te asombrarás del énfasis que has puesto en este primer capricho...

MANGACHA.—¿Y si no puedo olvidarlo?

LACAZE.—Lo olvidarás.

MANGACHA.—¿Y si no puedo?

LACAZE.—Basta ya.

MANGACHA.—Escucha, papá...

ENCARNACION.—Ese hombre la ha embrujado. ¡Dios me perdone!

LACAZE.—Basta ya. Nunca consentiré en ese matrimonio. Está dicho. Cuando seas mayor de edad, harás ló que quieras... Pero, óyeme bien, Man-

gacha, si aun entonces me contrarías, naré de cuenta que no tengo más hija. Tú habrás muerto, para mí.

MANGACHA.—¡Ah! ¿Ni ahora ni nunca, entonces?

LACAZE.—Ya lo has oído.

MANGACHA.—Está bien, papá. **(Sale en silencio, despacio, sin un gesto. Lacaze la sigue con la mirada).**

ENCARNACION.—Así, muy bien, Luis.

(Lacaze entra a su habitación).

ESCENA X

ENCARNACION Y LACAZE.

ENCARNACION.—**(Cierra la puerta de la derecha con llave y va hasta la del foro).** ¡Inés! ¡Inés! **(Un momento).** Mire, cierre la puerta de calle y guarde Vd. misma la llave para abrir mañana cuando venga el lechero. **(Otra pausa).** Revise bien los pasadores. **(Entra nuevamente Lacaze, con un libro en la mano, y se sienta en el sofá. Pero no lee; está gravemente pensativo).** ¿Ya está? Muy bien. Mire, Inés; fíjese que no vaya a quedar encendida la luz en el cuarto de Lucía, como las otras noches. **(Pausa).** Bien. Que descanse. **(Desciende, acomoda unas sillas contra la pared; vuelve para cerrar la puerta del foro, y, sin ver a Lacaze, va hacia el conmutador eléctrico y apaga las luces).**

LACAZE.—¿Qué haces, Encarna?

ENCARNACION.—¡Jesús! ¡me has asustado, hombre! **(Vuelve a encender la luz).** ¿Qué haces ahí? No te sentí entrar.

LACAZE.—¿Se han acostado todos?

ENCARNACION.—Ya he dado orden. ¿Tú no te acuestas?

LACAZE.—Pensaba leer un momento... ¡Caramba! Tengo un hormigueo más fastidioso en este brazo...

ENCARNACION.—Un poco de reumatismo. ¿Quieres una aspirina?

LACAZE.—¡No; es un dolor distinto, que sé yo!

ENCARNACION.—Habrás escrito mucho hoy.

LACAZE.—Puede ser. Tuve que hacer dos escritos. Me arde también la cabeza: la tengo pesada.

ENCARNACION.—Pues es eso. Trabajas demasiado. ¿Quieres que te prepare algo?

LACAZE.—Han de ser los nervios, con todas estas historias y disgustos. Mira, podrás darme un poco de bromuro: lo tengo sobre el lavatorio.

ENCARNACION.—Voy a prepararte una poción. No te preocupes, hombre. Has cumplido con tu deber.

LACAZE.—Así me parece, al menos.

ENCARNACION.—¿Cómo, me parece? Puedes estar seguro de ello.

LACAZE.—**(Pensativo).** Mangacha... Amelia... ¿No habré sido injusto con la una y la otra?

ENCARNACION.—No digas tonterías, Luis. ¿A qué viene eso ahora?

LACAZE.—No sé; a veces me ocurre pensarlo. Yo di margen a que mi mujer me abandonara...

ENCARNACION.—Pero tu falta no justifica la de ella. Hasta su muerte vivió con ese Blois...

LACAZE.—Porque yo la desamparé... porque huí a Europa... En fin, no nos devanemos los sesos... Tráeme el bromuro: esto no se me pasa...

ENCARNACION.—Enseguida. **(Mutis).**

ESCENA XI

LACAZE, solo, luego MANGACHA

(Gran pausa. Lacaze, al quedar solo, se pone en pié y da unos pasos por la habitación. Se aproxima a la puerta del foro y la abre. Respira con fuerza, y, tras un instante, vuelve al sofá y se sienta. Así permanece un poco de tiempo abstraído, haciendo de vez en cuando un gesto lento y vago. Al fin las lágrimas llegan, y con sollozos primero, luego silenciosamente, desahoga el desdichado su inmensa desventura.

De pronto, con mucha cautela, se abre la segunda puerta de la izquierda y aparece Mangacha. Se detiene atemorizada al ver la luz. Escucha. Viene apercibida para la fuga, echado un manto sobre los hombros. Observa

con desconfianza la habitación y creyéndola vacía, pues no puede ver a su padre, decide aprovechar la coyuntura. Pero, apenas ha avanzado en puntillas de pie un breve trecho, un hondo suspiro de aquél la deja clavada en el sitio, muda de terror.

Como si una fuerza telepática hubiera llegado a la conciencia del padre previniéndole confusamente de la desdicha, que en ese instante se cumple, Lacaze ha tenido la visión de su hija perdida para siempre, y, lanzando un suspiro (el que detuvo el pié de la fugitiva), desvanece la pesadilla pasándose la mano por la frente.

Mangacha ha adivinado que su padre está allí, y el dolor y la angustia se retratan en su rostro. Tal vez, durante un instante, ha sentido el arrebato de arrojarse a sus pies; pero, luego vence su espíritu rebelde. Entonces con mayor sigilo, conteniendo los latidos de su corazón, vuelto el rostro hacia el peligro con nerviosa espectación, continúa avanzando hacia la puerta de salida. Ya está en ella. Todavía durante un segundo, sus ojos se clavan en el padre, que ahora ve de perfil y luego huye, huye desaladamente a arrojarse en los brazos del Destino).

LACAZE.—(Alzando la cabeza, porque ha creído oir algún ruido). ¿Qué hay? ¿Quién está ahí? (Se ha puesto de pie y recorre con la vista la habitación).

ESCENA XII

LACAZE, ENCARNACION; luego INES y LUCIA.

ENCARNACION.—(Sale con un vaso conteniendo la disolución de bromuro, que entrega a Lacaze). ¿Me hablabas, Luis? Aquí tienes el bromuro.

LACAZE.—No. Es que me había parecido oir un rumor extraño.

ENCARNACION.—¿Un rumor? ¿dónde? (Observa la habitación: de pronto, ve abierta la puerta del foro. Angustiosamente). ¡Esa puerta! ¿Quién la abrió?

LACAZE.—Yo la abrí... Me sofocaba... (En este instante, se oye un leve golpe lejano, el de la puerta de calle que ha abierto Mangacha). ¿Qué es eso? ¿Oiste?

ENCARNACION.—(Nerviosamente, asaltada por un vago espanto): Sí, un golpe. (Corriendo hacia las habitaciones interiores): Aguarda un momento. (Sale).

LACAZE.—¿Qué ha pasado?... (De pronto un temblor agita todos sus miembros y el vaso se le cae de las manos. Con voz opaca, débil, llena de susto): ¡Mangacha!... ¡Mangacha!...

ENCARNACION.—(Dentro, lanzando sus llamados con creciente desesperación). ¡Mangacha!... ¡Mangacha!... ¡Mangacha!...

LACAZE.—(A quien el terror clava en el sitio, estremecido y vibrante, porque allá, en lo más íntimo de su ser, acaba de alzarse el fantasma de Amelia, — repitiendo las frases lejanas de la trágica escena). ¡Mi hija vendrá conmigo!... ¡Lo mandaré yo... que soy... más... que los jueces!...

ENCARNACION.—(Dentro, con los acentos de la desesperación). ¡Inés! ¡Lucía! ¡Pronto! ¡Aquí!... ¡Mangacha! ¡Mangacha!...

LACAZE.—(Vacilando sobre sus piernas, pero sin poder moverse): ¿Qué hay? ¿qué pasa?... (Más bajo, ahogándose): ¡Dios mío!... (Vencido ya por un temblor de todo el cuerpo, congestionándose por grados, con palabras tartajosas): Man..gacha... Man... gacha...

ENCARNACION.—(Cruzando rápida la escena, como loca:) ¡Se ha ido!... ¡Se ha escapado!... (Sale por el foro, lanzando aún sus llamamientos): ¡Mangacha! ¡Mangacha! ¡Mangacha!

LACAZE.—(Sin poder avanzar un paso, temblequeándole las piernas, encendido el rostro, fija la mirada, llevándose ambas manos al cuello porque se ahoga). ¡Hija!... ¡Hija!... ¡Me ahog....! ¡Aaaaaa!... (Y con un ronquido de res herida, bajo el rudo mazazo de la apoplegía que le vierte aleadas de sangre en el cerebro, se desploma de repente, rígido e inerte).

INES y LUCIA.—(Salen, ven a Lacaze tendido a la largo en el suelo y acuden a él). Señor.... Señor... ¿Qué le pasa?... ¡Ay, Dios mío!... ¿Qué

es esto?... ¡Señor!... ¿Qué tiene, señor?...

ENCARNACION.—**(Por el foro. Advierte el trágico grupo y se precipita)** ¡Luis! ¡Luis! ¿Qué ha sido? **(Abrazándose a él, con desesperación)** ¡Luis! ¡Pobrecito mío! ¡A ver, un médico! ¡Luis¡ ¡Luis! ¡Luis!... ¡Soy yo, tu hermana!...

TELON

NOTA.—La 1ª parte de esta Trilogía, la constituye el drama en tres actos titulado: **"La ley del Hombre"**. (Edición de "La Escena").

La 3ª parte, es el drama en tres actos titulado: **"Noche Buena"**, que en breve publicará esta revista.

LA ESCENA

Precios de suscripción

Capital		Interior	
Trimestre	2.40	Trimestre	3.00
Semestre	4.80	Semestre	6.00
Año	9.00	Año	12.00

Número suelto en la Capital 0.20
Interior 0.25

Pídase en todas las Librerías, kioskos, Subterraneo y vendedores de diarios

Unico concesionario de la venta en la Capital

ALFREDO PAZOS — **Bmé Mitre 1464**

Politeama Argentino

Temporada 1920

Compañia

Roberto Casaux

DEBUT

Segunda quincena de Marzo

Teatro MARCONI

Temporada 1920

Compañía Argentina
DE
Dramas y Comedias

Podesta - Rosich

Dirección artística
Armando Discépolo

DEBUT

En los primeros dias

de Marzo

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES CON UNA OBRA DE EXITO

Obras publicadas hasta la fecha

AÑO PRIMERO

1. — Mister Frank, B. Roldán. — 2. La loca del Azul, E. García Velloso. — 3. Suprema Venganza, F. Parravicini. — 4. Maridos Caseros, R. Hicken, — 5. La casa de las Morales, R. L. Cayol. — 6. Un hombre, F. E. Collazo. — 7. En la tierra de la paz y del amor, E. García Velloso.—8. La mujer fuerte, C. Iglesias Paz.—9. El sobrino de Malbrán, J. León Pagano. — 10. — El Caudillo, V. Martínez Cuitiño. — 11. Los Provincianos, A. Novión. — 12. El mayor prejuicio, J. González Castillo. — 13. Conservatorio "La Armonía", A. Discépolo y R. De Rosa. — 14. Retazo, D. Nicodemi, trad. de J. F. Escobar. — 15. La niña a la moda, B. Roldán. — 16. El secreto de los otros, J. L. Pagano. — 17. El pariente político, R. Hicken. — 18. El Diputado por mi pueblo, D. Novoa. — 19. La pobre gente y Mano Santa, F. Sánchez. — 20. El campo Alegre, J. de Maturana. — Los hombres doctos, (Supl. 1.º) C. Di Paoli. — 21. La vida inútil, C. M. Pacheco. — 22. El Mascotón, E. García Velloso.—23. Blasones de plata, J. A. Saldías. — 24. El Chueco Pintos, R. J. De Rosa y A. Discépolo. — 25. La ley oculta, C. Martínez Payva. — 26. Cosas de América, I. Cortinas. — 27. La Túnica de Fuego, S. Linnig. — 28. El patio de los amores, A. Novión. — 29. Alma de Bohemio, F. Parravicini y H. Zurlo. — 30. Más allá de la vida, J. León Pagano. — 31. Al campo, N. Granada. — 32. Caín, E. García Velloso. — 33. Papá y Mamá, R. Hicken. — 34. La llegada del Batallón, J. Sánchez Gardel. — 35. Jaulas de oro, R. L. Cayol. — 36. La Rondalla, V. Pérez Petit. — 37. La casa de las fieras, J. A. Saldías. — 38. El Grillete, J. González Castillo. — 39. El último Caudillo, T. Livio Roppa. — 40. Buenos Aires y A liquidar tocaron, C. Iglesias Paz. — 41. Los Colombini, V. Martínez Cuitiño. — 42. Cantos rodados, F. Imhof.— 43. La Provincianita, C. Schaefer Gallo. — 44. Un yankee en lo de Ramona, A. Méndez Caldeira. — 45. La fiera dormida, R. Hicken. — 46. El ilustre desconocido, C. Schaefer Gallo. — 47. El Príncipe Heredero, J. Sánchez Gardel. — 48. El ídolo roto, P. Benjamín Aquino; La Cita, C. Goicoechea. — 49. El Conquistador de lo imprevisto, D. Novoa y El Abanico, C. Schaefer Gallo. — 50. La rueda de los inútiles y Sin multa, R. L. Cayol. — 51. La Flor del Pago, A. Méndez Caldeira. — 52. Jesús Nazareno, E. García Velloso.

AÑO SEGUNDO

53. Don Cándido Buenafé, I. Pelay y F. Iriarte. — La importancia de ser hombre serio (Supl. N.º 2), Oscar Wilde, trad. de A. Remón. — 54. Los derechos de la salud, F. Sánchez. — 55 El Señor Corregidor. B. Roldán Hay novedades? A. Cordone. — 56. ¡Adiós Juventud!, J. de Vedia. — 57. Misiá Pancha la Brava, y Cuidado con los ladrones!, A. Novión. — 58. Jaque al Rey, Collazo e Insausti. ¡Cuidado con las mujeres!, F. E. Collazo. — 59. La prueba de fuego, A. Giménez Pastor. — 60. Almas que luchan. J. León Pagano. — 61. Instituto Internacional de Señoritas, E. García Velloso. — Supl. N.º 3: El Abanico de Lady Windermere, Oscar Wilde, trad. de F. J. Bolla. — 62. El tío Diego, J. León Pagano. — (1) 63. Como la hiedra, C. Muniagurria. — 64. La Casa de los Cuervos, novela de G. Martínez Zuviría, arreglo en verso de I. Pelay. — 65. Los Contagios, B. Roldán. — 66. La Montonera y Petit Salón, J. A. Saldías. — 67. La Leyenda del Kacuy y Las Estaciones, C. Schaefer Gallo. — Supl. 4: Una mujer sin importancia, Oscar Wilde, trad. de A. Remón. — 68. La Ciudad incrédula y Pompas de Jabón, R. L. Cayol. — 69. El Malón Blanco, V. Martínez Cuitiño. — 70. Salvador, M. Coronado. — 71. La Dama del Cine, trad. de Julio F. Escobar. — 72. El Cabo Scamione, trad. de F. Parravicini. — 73. El Rosal de las Ruinas, B. Roldán. — Sup. N.º 5. La máscara y el rostro, de Luis Chiarelli, trad. de J. F. Escobar. — 74. La Gaucha, La Madriguera, La Tapera, A. Novión. — 75. Canción de Primavera, J. de Maturana. — 76. Crisis Matrimonial, J. M. Casais. — 77. Nirvana, J. León Pagano.—78 Los Millones de Lozano, Alfred Mercourt y Jean Bever—79 El Gucho Judío, La Taba del querer, Carlos Schaefer Gallo — 80 La Ley del Hombre, Victor Perez Petit—81 Mauricio Nortman, Belisario Roldan — 82 Perdidos en la luz, Edmundo Bianchi— 83 Juan Moreira, Eduardo Gutierrez—84 La Cadena, E. García Velloso

(1) Del N.º 63 al 72 a 0.30 centavos

Precio 0.20

Imp. D. GURFINKEL, Montevideo 421—Clichés "La Zincográfica", Rivad 1615